11464

Un hijo natural

Drama en cuatro actos

Coma

2

— *La Ciega del Manzanares.*	20
— *El Mendigo de Madrid*...	20
Ortega y Frías.—*La Justicia de Dios*.....	17,50
Conde de Salazar.—*La Honradez de un Ladrón*.....	20
— *El Infierno de un Angel*..	20
— *La Gloria del Condenado*.	18,50
— *La Cruz del Redentor*....	21
— *El Camino del Calvario*..	18,50
— *El Sagrado Corazón*.....	21
López Bago.—*Los Asesinos*....	17,[illegible]
Moreno de la Tejera.—*Crimen y Castigo*.....	18
Flores.—*Fe, Esperanza y Caridad*.....	15,75
J. M. Farnés.—*La Bomba de Dinamita*.....	20
M. Cubas.—*Matilde la Botonera*.	15
A. Asensio.—*Juan José*.....	22,50
Vázquez.—*La Tauromaquia de Guerrita*.....	18

Los precios marcados son en cuadernos.

Todas estas obras, que constan de dos tomos, se reparten por cuadernos de 32 y 64 páginas, al precio de **uno y dos** reales respectivamente.

Por encuadernación de cada tomo 1,50 pesetas en holandesa y 2,50 en tela con planchas.

Se sirven directamente al que lo solicite, anticipando su valor.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unhijonaturaldra3992duma

UN HIJO NATURAL,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO.

POR

ALEJANDRO DUMAS, HIJO.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR D. JOSÉ DE OLONA.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

PERSONAJES.

CLARA DERVAL.
ENRIQUETA DOVIGNY.
LA MARQUESA.
HERMINIA.
MARGARITA.
CARLOS DOVIGNY.
EDUARDO.
EL MARQUES DE MOUROSE.
JACINTO FRESARD.
LUCIANO.
BLANCHARD, médico.
CRIADOS.

El prólogo pasa en 1819, en Paris.

La traduccion de esta comedia ha sido hecha con la autorizacion y acuerdo de sus autores, segun lo que dispone el art. 4.° del convenio sobre propiedad literaria, celebrado entre España y Francia. En su consecuencia esta obra pertenece exclusivamente á su traductor, que perseguirá ante la ley al que publique ó ponga en escena cualquiera traduccion de la misma; asi como al que reimprima la presente, varie el título, ó la represente sin su consentimiento, bien en algun teatro del reino, bien en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó bajo cualquiera otra forma en que se exija ó satisfaga contribucion pecuniaria, con arreglo á lo prevenido en la ley de propiedad literaria y demas disposiciones vigentes sobre el propio objeto.

Los corresponsales del Sr. Gullon, editor de la Galeria lírico-dramática EL TEATRO, *son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.*

PRÓLOGO.

Sala modesta, pero aseada, en casa de Clara. Puerta en el foro, á la izquierda, que da á la escalera. Puertas laterales: la de la izquierda comunica con el cuarto de Margarita, y la de la derecha con el de Clara. Chimenea en el fondo, varios muebles y un bastidor con bordado de tapiceria.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANO, MARGARITA.

LUC. (*Entrando en escena.*) Buenos dias, Margarita.

MARG. Muy buenos, señor Luciano.

LUC. ¿Cómo sigue el niño?

MARG. A Dios gracias, mucho mas aliviado.

LUC. El señor Blanchard, que es un excelente sujeto y un médico de conciencia, ha cuidado muy bien á la pobre criatura.

MARG. Verdad es. ¿Y vos os habeis incomodado en venir, solo para informaros de la salud de nuestro pobre Eduardo?... Es una prueba de verdadera amistad.

LUC. No he tenido mucho que andar viviendo en la misma casa.

MARG. De la que sois propietario; de lo cual se dudaria al ver

672505

la prisa que os dais en pedir los alquileres. Si fueran como vos todos los caseros...

LUC. Entre amigos es diferente.

MARG. ¡Amigos!

LUC. Pues qué, ¿vuestra sobrina no me tiene amistad? Haria mal, porque yo se la tengo muy afectuosa.

MARG. Mas amistad os tiene ella que los que os aconsejan la vida que llevais.

LUC. ¿Qué vida?

MARG. Apuesto á que entrais ahora en casa: ¡á las once de la mañana! Despues de haber pasado la noche de baile... Media de seda... corbata blanca... las señas son mortales.

LUC. Es preciso pasar la juventud.

MARG. Y á ese paso, irá por la posta... Buena cara os ha puesto el haber trasnochado. (*Luciano está en efecto muy pálido.*)

LUC. Dejaos de eso... y decidme: ¿adónde ibais anoche por el faubourg Saint Denis?

MARG. A llevar unos cañamazos al almacen que hace esquina al bulevar.

LUC. Bordados por Clara, ¿no es cierto? Pues eso no puede producirla mucho.

MARG. Si los hombres ricos que dan en Paris miles de francos á mujeres que no hacen nada, supiesen cuánto le cuesta ganar un duro á una obrera honrada, tendrian remordimientos. Pero esto no reza con vos, que aunque rico, sois bueno.

LUC. Solamente los tontos no son buenos.

MARG. ¿Ireis á acostaros y reponeros de la mala noche?

LUC. No: voy á montar á caballo y á dar un paseo por el bosque de Bolonia.

MARG. Mas cuenta os traeria el dormir.

LUC. No, Margarita: la noche se ha hecho para dormir..... excepto aquellas en que se va de baile.

MARG. ¡Ay, pobre de vos!... ¡os quitais la vida, y me dais lástima! Es una majaderia imperdonable en un hombre de vuestro talento.

LUC. Tengo una salud de bronce... (*Al médico que entra.*) Y si no que lo diga el Doctor.

ESCENA II.

DICHOS, *el* DOCTOR.

DOCT. ¿Qué he de decir?

LUC. ¿No es cierto que gozo de una salud envidiable y que soy muy robusto?

DOCT. Fuerte como el Puente Nuevo.

LUC. (*A Margarita.*) Ya lo ois.

MARG. (*Al Doctor.*) Voy á avisar á mi sobrina de que estais aqui.

ESCENA III.

DOCTOR, LUCIANO.

DOCT. A lo que veo, haceis la córte á la señora Clara.

LUC. ¿Yo? Ni pensarlo.

DOCT. Pues se dice.

LUC. Pues se equivocan.

DOCT. ¡Oh! ¡es mujer que tiene muchos atractivos... y tan buena!

LUC. Excelente; pero ni yo pienso en ella ni ella en mí. Ademas, tiene su marido, que la adora.

DOCT. ¿Pero positivamente está casada?

LUC. Asi se cree. (*Pausa.*) ¿Por qué me mirais tan fijamente?

DOCT. Debiérais cuidar vuestra salud.

LUC. (*Sonriéndose.*) ¿De veras?

DOCT. Por fuerte que uno sea, el cuidado nunca está de mas. ¿Por qué no haceis un viaje?

LUC. ¿A Italia?

DOCT. Si... ¿ó por qué no os casais?

LUC. ¡Mil gracias! Ese segundo viaje es largo: prefiero el de Italia. Pero aqui tenemos á la señora Clara. (*A Clara que sale.*) ¿Cómo vamos de salud?

ESCENA IV.

DICHOS, CLARA.

CLARA. (*Dándole la mano.*) Buenos dias, señor Luciano.

LUC. ¿El niño sigue mejor?
CLARA. Veremos lo que dice el Doctor.
DOCT. ¿Ha dormido?
CLARA. Perfectamente.
DOCT. ¡Buen síntoma! Voy á verlo.

ESCENA V.

CLARA, LUCIANO.

CLARA. (*Disponiéndose á seguir al Doctor.*) Con vuestro permiso, señor Luciano....
LUC. Nada mas justo. Id con Dios.
CLARA. ¿Teniais tal vez algo que decirme?
LUC. Nada: únicamente... como ayer os dejé muy triste...
CLARA. Estaba inquieta por mi hijo.
LUC. ¿Nada mas que por eso?
CLARA. Nada mas.
LUC. ¿Y hoy?
CLARA. Hoy estoy menos inquieta.
LUC. ¿Teneis noticias de vuestro marido?
CLARA. Lo espero de un momento á otro.
LUC. Id á ver á vuestro hijo. (*Le da la mano.*)
CLARA. Vuestra mano quema la mia.
LUC. Ya lo creo. Tengo ochenta y cinco pulsaciones por minuto; diez y seis mil pulsaciones de mas por dia. He hecho bien la cuenta. Una fiebre espantosa.
CLARA. Pero entonces... estais enfermo.
LUC. Muy enfermo. (*Con sencillez.*)
CLARA. ¡Lo decis de un modo!...
LUC. ¿Cómo quereis que lo diga?
CLARA. Es preciso que os cuideis. Voy á llamar al Doctor.
LUC. Es inútil. El Doctor nada conseguiria. Yo sé mejor que él lo que tengo.
CLARA. ¿Qué teneis?
LUC. Es muy sencillo... Mis padres, y casi toda mi familia, han muerto del pecho... Yo fuí dueño de mis acciones á los diez y ocho años, y de mi fortuna á los veinticinco, lo cual quiere decir que me queda todavia un año de vida. (*Con naturalidad.*)
CLARA. ¡Qué niñeria!

LUC. Demasiado sé que no me equivoco. Hasta la vista. (*Vá á marcharse.*)

CLARA. Pero...

LUC. ¡Oh!... No me compadezcais, os lo suplico, ni me aconsejeis que me cuide; todo el mundo me dice lo mismo. Los unos: «teneis muy mal semblante, debeis cuidaros.» Los otros me miran sin decirme nada, pero dejan leer en sus ojos la misma idea de compasion. Es cuanto puede imagimarse de mas insoportable. Demasiado sé que estoy enfermo: no tengo necesidad que me lo recuerden.

CLARA. Pero las personas que os aconsejan, lo hacen por interés hácia vos.

LUC. ¿Quién puede interesarse por mí?

CLARA. Vos no estais solamente enfermo, teneis ademas una pena.

LUC. La he tenido... pero pasó.

CLARA. Una mujer, sin duda.

LUC. Naturalmente, siempre son las mujeres la causa de las penas de los hombres.

CLARA. Y para aturdiros...

LUC. He pasado las noches en el desórden... he jugado, he querido amar á otra... No he olvidado, sin embargo... y he perdido al fin mi salud.

CLARA. ¿No teneis, pues, nadie que os ame?

LUC. Tengo cincuenta mil libras de renta... todo no puede tenerse á la vez.

CLARA. Hay, sin embargo, mujeres que son buenas y dignas.

LUC. (*Con cierto interés.*) Vos lo sois. ¿Quereis amarme?

CLARA. Señor Luciano... (*Con dignidad.*)

LUC. (*Reponiéndose.*) Es una broma, no del mejor gusto, si se quiere; pero es preciso divertirse un poco... Si en el año que me queda de vida creeis que pueda serviros de algo, disponed de mí con franqueza. ¡Oh!... Si yo hubiera encontrado desde luego una mujer como vos... ¡Quién sabe! ¡Quizás no la hubiera amado! (*Con cierta intencion.*) Los hombres somos tan injustos...—¿Le trajeron anoche unos juguetes á vuestro hijo?

CLARA. Si, y adivinó por cierto que vos se los enviábais. Os doy las gracias...

LUC. ¡Pobre criatura! (*Al Doctor que aparece.*) Hasta la vista, Doctor. Mucha carne asada, ¿no es cierto? Nada de emo-

ciones, y un viaje á Italia.

DOCT. Justamente, mala cabeza.

LUC. (*A Clara.*) ¿Me permitís que vuelva á daros las buenas noches?

CLARA. Como gusteis, señor Luciano.

LUC. Pues hasta luego. (*Váse.*)

CLARA. ¡Pobre jóven!

ESCENA VI.

CLARA, *el* DOCTOR.

DOCT. ¿Lo compadeceis?

CLARA. ¡Está muy enfermo!

DOCT. Si, pero no quiere cuidarse. Es preciso que la máquina humana sea muy sólida, cuando ese jóven no está enterrado hace ya mucho tiempo. Pero caerá de pronto, para no volverse á levantar.

CLARA. Él lo sabe.

DOCT. ¿Si?

CLARA. Decia hace un instante que no vivirá mas que un año.

DOCT. Se equivoca. (*Con seguridad.*)

CLARA. ¿De veras? (*Con alegria.*)

DOCT. Morirá dentro de seis meses. Por muy preparado que esté, cuando se tiene una enfermedad como la que padece el señor Luciano, el hombre, á pesar suyo, cree siempre vivir mas tiempo del que realmemte le resta de existencia. De todas las costumbres de este mundo, la de la vida es la que mas dificilmente se pierde, porque es la primera que se toma.

CLARA. ¡Eso es cruel!

DOCT. Decid que es triste.

CLARA. Ahora no me atrevo á preguntaros por mi hijo.

DOCT. Lo que es ese no tiene nada que temer.

CLARA. ¿Puedo creeros?

DOCT. Dadle hoy un buen caldo, un poco de asado mañana, y dejadle despues á sus anchas. Es todo lo que puedo deciros.

CLARA. (*Dándole algunas monedas.*) He aquí el importe de vuestras visitas. Cuando mi hijo pueda salir, iremos juntos á daros las gracias.

DOCT. En ese caso, os espero dentro de tres ó cuatro dias.

Adios, señora.

CLARA. Hasta la vista, Doctor. (*Váse el Doctor.*)

ESCENA VII.

CLARA, MARGARITA,

CLARA. (*A Margarita.*) Cárlos debe estar hoy de vuelta. Acaso coma aqui. Ya conoces sus gustos.

MARG. Descuida. Voy á prepararle una buena comida.

CLARA. No economices nada. Lo principal es que él esté contento.

MARG. ¿Comereis á las seis?

CLARA. Probablemente.

MARG. Ya verás cómo me porto.

ESCENA VIII.

DICHAS *y* JACINTO.

JAC. (*Entreabriendo la puerta.*) ¿Se puede entrar?

CLARA. ¡Cómo! ¡Eres tú, Jacinto! ¡Qué alegria siento al verte!

JAC. ¡Pues y yo!.. Buenos dias, Margarita.—¡Mi buena Clara!—(*A Margarita.*) Vos no habeis cambiado: siempre lo mismo.

MARG. ¿No os marchais en seguida?

JAC. ¡No!

MARG. Pues entonces voy á hacer mis compras y volveré muy pronto.

JAC. Como querais. (*Váse Margarita.*)

ESCENA IX.

CLARA *y* JACINTO.

JAC. Deja que te contemple á mi gusto. ¿Puedo aun tutearte? Con franqueza.

CLARA. Si.

JAC. Con franqueza.—Si eso le ha de disgustar á alguien...

CLARA. A nadie, querido Jacinto. Todas las personas que me conocen saben que te quiero como á un hermano.

JAC. Parece que estás contenta.

CLARA. Es que llegas en un buen dia.

JAC. ¿Hay aqui dias malos?

CLARA. Siempre algunos son menos buenos que otros.

JAC. ¿Y el arrapiezo?

CLARA. Ya está casi bueno.

JAC. ¿Luego, ha estado enfermo?

CLARA. ¡Un gran constipado!..

JAC. ¿Habrás estado muy inquieta?

CLARA. Como que he pasado algunas noches en vela.

JAC. ¿Se le puede ver?

CLARA. Si; allí está.

JAC. ¿Y su padre?

CLARA. Precisamente vuelve hoy.

JAC. Por eso dices que es buen dia. ¿Ha estado de viaje?

CLARA. Hacia seis semanas.

JAC. Entonces, nada de nuevo en tu vida.

CLARA. Nada. ¿Y en la tuya? ¿Qué es de tu padre?

JAC. El buen viejo continúa con su establecimiento de tintorero. En cuanto á mí, vengo á Paris á buscar mis papeles...

CLARA. ¿Para casarte? ¿Y con quién?

JAC. Con la hija de mi patron el notario, en cuyo estudio estoy de primer pasante.

CLARA. Por lo que recuerdo, no era fea.

JAC. Ya lo creo que no; un poco chata, verdad, pero la nariz es un detalle en que nunca me he fijado mucho. Por lo demas, colorada, robusta, salud... ¡de provincia! no como en estas grandes capitales, donde las mujeres tienen que recurrir al colorete. Ademas, mi futura es honrada... y eso es lo principal.

CLARA. ¿Tú la amas?

JAC. La adoro, y estoy seguro que me volveré loco con la docena de chiquillos, que criará ella misma, y que me alborotarán la casa. Es hacendosa, y nunca faltará ropa blanca en los armarios. Hará las conservas para el invierno, porque yo sigo siendo muy goloso. ¡Ay!..... conozco que ella es la mujer que mi imaginacion soñaba.

CLARA. ¿Y su padre no ha puesto dificultades?

JAC. Si es él quien me lo ha ofrecido. Ha visto que nos queriamos, y á menos de no ser ciego, por fuerza habia de verlo. Como que yo pasaba las veladas leyéndola los fo-

lletines del periódico, y lanzando unos suspiros que se oian desde la plaza. Un dia le dijo á su padre: «Padre, le amo, y quiero casarme con él.» El padre la respondió: «Pues hija, cásate.» Me llamó aparte, y me dijo: «Te doy mi hija, mi estudio de notario te lo vendo por la mitad de lo que vale, y yo me retiro. El dinero me le pagarás cuando puedas.»—¡Qué buen hombre! ¿verdad?—Pero hablemos de tí, pues por tí sola he venido. Ya sabes cuánto te quiero.

CLARA. Como yo á tí, mi buen Jacinto.

JAC. Tambien tu madre me queria mucho. ¡Pobrecilla! Me parece verla todavia en su tiendecita de merceria al lado de la tienda de mi padre... ¡Válgame Dios, y cómo pasa esa edad feliz!... De repente todo varia.—Tu madre cayó enferma y murió; te fué preciso traspasar la tienda, trabajar para vivir... ¡Oh! y gracias que te quedó tu tia Margarita, que es una buena mujer, aunque no vé mas allá de sus narices. Tú has tenido que trabajar de obrera, yo vine á estudiar á Paris, con cien francos al mes, que se acababan el dia veinte... y los últimos diez dias cuaresma, ayuno; pero gran esperanza en el porvenir. Nos perdimos de vista, cada uno echó por su lado, hasta que hace cuatro años te hallé aqui en Paris, en esta moderna Babilonia; y en qué circunstancias!... ¡Pobre Clara! Pero en fin, ¿eres dichosa?

CLARA. Lo dichosa que yo puedo ser.

JAC. Eso no es una respuesta. ¿El padre del chico cómo se porta contigo?

CLARA. Bien.

JAC. ¿Te ama siempre?

CLARA. Siempre.

JAC. ¿Y á su hijo?

CLARA. Tambien.

JAC. ¿Le ha reconocido?

CLARA. No.

JAC. ¿Por qué?

CLARA. A causa de su familia.

JAC. Esa no es razon para un hombre de bien.

CLARA. Pero me ha prometido reconocerle.

JAC. ¿Y mientras, os ha asegurado un porvenir?

CLARA. Yo no le he pedido nada.

JAC. ¿De qué vives entonces?

CLARA. Trabajo.

JAC. ¿Y ese hombre, con su brillante posicion, permite que tú trabajes para mantener á su hijo?

CLARA. Diferentes veces me ha traido dinero, pero yo lo he rehusado siempre. Solo le he aceptado algun pequeño regalo el dia de cumpleaños de nuestro hijo, y los muebles que ves aqui.

JAC. ¡Ta... ta... ta...! Pues haces muy mal en ser tan delicada.

CLARA. No digas eso.

JAC. Si tal. Tú no tienes bienes de fortuna; él es rico, y él debe cuidar de mantener á su hijo.

CLARA. ¡Ángel de Dios! ¡Cuesta tan poco su mantenimiento! Y luego, creo que me pertenece mas aun no dependiendo mas que de mí. Tampoco quiero que Cárlos pueda suponer un solo instante que hubo cálculo de parte mia. Creo que me ama, y quiero que me estime.

JAC. Te estimaria lo mismo, y te amaria mas, si le recordaras de vez en cuando los deberes á que le obliga la paternidad. Con esa indiferencia le acostumbras á olvidaros á los dos, y quién sabe si el mejor dia... Yo no confio mucho en ese hombre, ni en ninguno de los que no trabajan, porque al venir al mundo se han encontrado ya con una fortuna hecha. La ociosidad de hombres como él constituye la desgracia de mujeres como tú. Desde su primera juventud, cuando desde su magnífica casa de campo venia á la ciudad acompañado de su ayo, ya me inspiraba antipatia. Se ponia demasiado bien la corbata á los quince años para prometer nada de provecho. Despues... solo se ocupaba de caballos y de perros de caza. Que un hombre del gran mundo, que no depende de su familia, no se case desde luego con la mujer de quien tiene un hijo, ya no es bien hecho; pero cuando el niño tiene... ¿qué edad tiene el chico?

CLARA. Tres años.

JAC. Calle, es verdad. Tres años hace... y parece que fué ayer cuando fuí á declarar su nacimiento á la alcaldia. El cinco de febrero de... pero continúo lo que iba diciendo. Cuando han trascurrido tres años, y el padre no reconoce al hijo, no pudiendo dudar que es suyo en efecto, y cuando la madre obra con la delicadeza que tú...

Ese hombre es... (*Movimiento de Clara.*) Bien, callaré: pero todo eso no me parece claro, y no me gusta. (*Pausa.*) Si ese hombre muere mañana de repente, ¿qué será del muchacho sin bienes y sin nombre? ¿No eras una jóven honrada cuando te conoció?.. Si señor. Pues entonces debió obrar como honrado. Hay situaciones que ligan toda la vida de un hom re, y si tú le amaste, no es un crímen. Él pudo pensarlo antes, que á veintisiete años ya el hombre sabe lo que se hace, mientras que tú, inexperta... Ya se vé; el jóven y elegante Dovigny, que habia perdido en el juego en los salones de Paris, va á pasar unos meses por economia á la quinta de su madre; tú estabas allí haciendo vestidos para la vieja... ¡dos francos al dia!... y el ocioso parisien, que no veia á todas horas mas que viejas con anteojos, ó aldeanas con zapatones de madera, se enamoró de la única cara bonita que contemplaba diariamente, y... ¡Vamos, si pende de un hilo el destino de las personas!.. Tú cediste á los atractivos... á sus seducciones... No has sido la primera... ni probablemente la última. Al principio mucha pasion: pero despues... despues tú sigues conduciéndote como corresponde, y él no. Tu hijo debe llevar el apellido de su padre, pues que yo como padrino solo pude darle el nombre de bautismo..... «¡Eduardo!..» ¡Qué nombre tan bonito! Vacilé entre ese y el mio... «Jacinto.» Tambien es bonito mi nombre, pero va pasando de moda, y cuando el chico sea grande ya serán antiguos los Jacintos... asi es que me decidí por «Eduardo.»—En fin, es preciso hablarle claro á ese hombre, y si tú quieres, yo me encargaré de hacerlo.

CLARA. Guárdate bien de dar semejante paso.

JAC. ¿Por qué?

CLARA. Porque no quiero violentar la voluntad de Cárlos.

JAC. ¿Si tú tuvieras cien mil francos de renta, crees que seria necesario forzar su voluntad? Pues cuando lo único que un hombre puede echar en cara á la madre de su hijo, es que no tiene cien mil francos de renta, su deber es casarse con ella como si los tuviese.

CLARA. Desgraciadamente Cárlos no es dueño de sus acciones.

JAC. Es dueño de las malas, á lo que veo.

CLARA. Lo juzgas mal. Si dependiera de él, hace tiempo que

seria su esposa.

JAC. ¿Te lo ha dicho?

CLARA. Infinitas veces: y si yo tuviera, como dices, cien mil francos de renta, nos casariamos, porque entonces su familia no podria creer que yo habria tratado de atraérmelo por su riqueza. Cuando una jóven ha cometido una falta con un hombre acaudalado, nadie dice: «Ha sido confiada,» todos dicen: «ha sido sagaz.» Yo no soy de esas últimas, y no quiero que lo supongan.

JAC. Bien parlado. ¿Pues entonces, quieres que te diga lo que sucederá? Que el mejor dia os planta Cárlos á tí y á tu hijo, y merecido lo tendrás.

CLARA. ¡Qué poco le conoces!

JAC. Todas son lo mismo. Cada mujer es una excepcion, y piensa que no le ha de pasar á ella lo que les ha pasado á tantas otras.

CLARA. Suceda lo que quiera, tengo un hijo, y viviré para él honrosamente.

JAC. Como quieras. Lo que te digo es por tu interés.

CLARA. Lo sé, y te lo agradezco en el alma. Pero prefiero fiarme en la delicadeza y en el amor de Cárlos, que me ama mas de lo que te figuras. Frecuentemente viene á confiarme sus disgustos de familia, porque su madre es muy rígida y severa. ¡Él es débil, eso es cierto, pero hombre de de honor! Sobre todo, le quiero con todo mi corazon; esta es mi disculpa del pasado y mi esperanza del porvenir. Prefiero proceder con dulzura, para que jamás tenga nada que reprocharme.

JAC. ¡Ya verás tus dulzuras!

CLARA. Dejemos obrar al tiempo. Cárlos verá mi constante cariño, y al fin no podria pasar sin él. Mientras tanto yo estudio con interés: leo mucho y me instruyo; quiero elevarme á la altura de la posicion que espero obtener un dia. Á cada visita que Cárlos me hace, me encuentra mas instruida, y siente mayor placer en hablar conmigo. Te diré, entre nosotros, que eso lisonjea mi amor propio y me halaga. En fin, trabajo para mi hijo, estudio para mí, no hago mal á nadie, y vivo aqui tranquila con mi tia. Mi hijo crece, y segun el médico, ya está restablecido... No me hagas perder la confianza, déjame creer en el bien, y cúmplase la voluntad del cielo.

JAC. No hablemos mas de ello: ya me escribirás de tiempo en tiempo para darme noticias tuyas, y de lejos como de cerca, me tendrás siempre á tu servicio.

CLARA. ¿Tan pronto te marchas?

JAC. Esta tarde. Victoria me ha dicho que contaria los minutos de mi ausencia. Espero que me escribas.

CLARA. ¿Y si tu mujer es celosa?

JAC. Ya sabe nuestra antigua amistad, y que he venido á verte. No la oculto nada. «Teneis razon,» me ha dicho, «haced cuanto podais por esa pobre jóven.»

CLARA. ¿Conque si necesito de tí?..

JAC. «Al señor don Jacinto Fresard, notario en Chateaurou.» Con ese sobre recibiré tu carta. ¿Dónde está tu chico?

CLARA. (*Abriendo con precaucion la puerta de la derecha.*) En mi cuarto, mírale.

JAC. (*Asomándose.*) ¿Ese caballero que duerme con un soldado ruso entre sus brazos? (*Se rie.*) ¡Cómo me gustan los muchachos! Afortunadamente ya estoy en vísperas de... (*Mirando.*) ¡Pobrecito!.. ¡Con qué tranquilidad duerme!.. No quiero despertarle... ¡Y está descolorido! Bien se vé que ha estado malo; pero no será nada. (*Cierra la puerta con cuidado, y al mismo tiempo aparece Cárlos en la otra.*)

ESCENA X.

DICHOS *y* CARLOS.

CARL. ¡Clara!

CLARA. ¡Ah! (*Dando un grito de alegria y corriendo á abrazar á Cárlos.*)

CARL. Cuidado... advierte que no estamos solos.

CLARA. Es Jacinto Fresard, un buen amigo, un compañero de infancia, de quien me has oido hablar á menudo. El padrino de Eduardo.

CARL. (*Saludando.*) Caballero...

JAC. (*Id.*) Caballero... ¡Adios, Clara!

CLARA. Adios, amigo mio. (*Váse Jacinto.*)

ESCENA XI.

CARLOS *y* CLARA.

CLARA. (*Con tono de amistad.*) ¡Seis semanas sin venir á verme!

CARL. No ha sido culpa mia. Un viaje indispensable... Ya te lo escribí, y ayer has debido recibir otra carta mia.

CLARA. ¡Oh! ¡No creas que me quejo; pero nuestro hijo ha estado á la muerte, y si hubiera espirado sin que lo hubieses vuelto á ver!.. Afortunadamente ya no hay peligro. Ven, ven á besarlo...

CARL. Espera... dentro de un momento... El señor Jacinto ha dicho que dormia... ademas necesito hablar contigo.

CLARA. Veamos; ¿qué tienes que decirme? Sabes que si ayer no hubiera recibido tu carta, estaba decidida á marchar hoy mismo...

CARL. ¿Á dónde?

CLARA. Á la quinta de tu madre.

CARL. ¿Quién te habia dicho que yo estuviese allí?

CLARA. Yo lo sospeché. Pero tranquilízate. Nadie me hubiera visto. En fin, tú tienes algo que decirme y esto es lo importante: veamos.

CARL. ¿Me ofreces ser razonable?

CLARA. ¿De qué se trata?

CARL. Acabamos de perder gran parte de nuestra fortuna, y me hallo en la necesidad de salir inmediatamente de Francia.

CLARA. ¿Y adónde vas?

CARL. A América.

CLARA. ¿Solo?

CARL. Solo.

CLARA. Yo tambien partiré.

CARL. Desgraciadamente no sé en qué parte de América deberé fijar mi residencia. Necesito viajar mucho para recoger los restos de mi fortuna, como lo he hecho en Francia y en Inglaterra durante estas seis semanas; porque, te engañabas, no he pasado ese tiempo al lado de mi madre.

CLARA. Tú me lo indicastes al partir.

CARL. Por no alarmarte. No estaba seguro entonces del de-

sastre que he visto confirmado despues. Si, lo que puede suceder, en vez de estar arruinados á medias, lo estuviésemos completamente, voy á necesitar trabajar.

CLARA. Razon de mas para que yo te acompañe. Trabajaré tambien. Cuanto mas desgraciado seas, mas necesitarás tener á tu lado una persona que te ame, que te dé valor, que te consuele.

CARL. No puedo aceptar tu sacrificio. ¿Qué seria de nuestro hijo lejos de tí?

CLARA. Lo llevaremos con nosotros.

CARL. Un niño de tres años, que acaba de pasar una enfermedad, que podria morir en un viaje tan peligroso... ¡No! Sé razonable. Hay ciertos acontecimientos que es preciso aceptar con todas sus consecuencias. Pero no temas: es una separacion de diez y ocho meses, ó dos años á lo mas.

CLARA. ¡Y te parece poco! ¡Dios mio! ¡Yo que estaba tan contenta esta mañana!...

CARL. Vamos... ¿á qué vienen esas lágrimas?

CLARA. ¡Es claro! Como tú no me amas... porque ahora me convenzo de que no amas. Jacinto tenia razon.

CARL. ¿Os habeis ocupado de mí con vuestro amigo?

CLARA. ¿No lo sabe todo, por ventura?

CARL. Os he rogado que hableis de mí lo menos posible. Me interesa que mi familia...

CLARA. ¡Tu familia! ¡Siempre me la echas en cara! Y tu hijo, no es tambien de tu familia, despues de todo? Aunque se supiera que tienes un hijo y que lo quieres, ¿qué mal habria en ello? ¿Es posible ser mas resignada que yo lo soy? Y sin embargo, cada vez que nos vemos, desde hace algun tiempo, encuentras algo desagradable que decirme. ¡Cómo! Despues de mas de un mes de ausencia, sin noticias tuyas, con mi hijo enfermo, vienes á anunciarme que te ausentas por dos años; y en vez de consolarme, me reconvienes, haciendo asi mas triste nuestra última entrevista! ¿Es culpa mia si tu memoria no me abandona un momento? Y si la casualidad me envia un amigo á quien puedo hablarle de tí, ¿es un crímen el hacerlo, y cuando me dice que no me amas, contestarle que se equivoca?

CARL. Tienes razon: soy injusto. Yo mismo he querido ocultar la pena que me causa esta separacion, bajo la apa-

riencia de un mal humor fuera de propósito. No sé lo que he dicho. Perdóname: tú sabes bien que te amo.

CLARA. ¿De veras?

CARL. De veras.

CLARA. Ya lo ves: con una sola palabra como esa logras calmarme, y harás de mí cuanto te se antoje. Pero pensarás mucho en nosotros, ¿no es cierto?

CARL. ¿Lo dudas?

CLARA. Y no dejarás pasar los meses enteros sin escribirnos. Por mi parte, te escribiré dia por dia dándote cuenta de mi vida. Nuestro hijo crecerá... Me permites que le hable de tí, ¿no es cierto? ¿que le acostumbre á amarte? Porque no te conoce la pobre criatura: te llama su amigo, sin saber que eres su padre. ¡Dos años sin verte! ¡Si no volvieras mas!...

CARL. Lo mismo me dijistes cuando me marché hace seis semanas, y ya ves que he vuelto.

CLARA. ¡Cruel separacion!

CARL. ¡Valor!

CLARA. Lo tendré. De todos modos prométeme que si tus negocios fuesen bien nos mandarás llamar.

CARL. Te lo prometo.

CLARA. Y entonces no volveremos á separarnos, suceda lo que quiera. ¿Cuándo es tu marcha?

CARL. Mañana.

CLARA. ¡Tan pronto! Pasaremos juntos este último dia.

CARL. Imposible. He llegado hace una hora, y necesito hacer mil preparativos.

CLARA. Pero volverás á comer conmigo...

CARL. Tengo cita con un agente de negocios...

CLARA. ¡Y yo que esperaba!... ¡Cómo ha de ser! ¡Adios, pues, adios! Soy la primera en pronunciar la palabra de separacion. Eso te probará que soy obediente. ¡Abrázame! (*Apoya su cabeza en el hombro de Cárlos.*) ¡Oh!... nuestros dias felices de otro tiempo... ¿dónde estan? ¿Cuándo volverán? ¿No has sido desgraciado conmigo, verdad? No te espongas, por Dios; acuérdate que hay dos seres en el mundo que moririan si tú murieses.—¿Lloras? ¡Oh! ¡eres bueno todavia! ¿Quieres permitirme que te acompañe hasta el Havre?

CARL. ¿Para qué? si al fin habremos de separarnos. Veamos, Clara; ocupémonos ahora de otros asuntos importan-

tes.—No necesitas quedarte en Paris. El aire del campo será mejor para tí y para nuestro hijo. Deberás pues, vivir en una quinta durante mi ausencia.

CLARA. ¿Pero Cárlos, en el campo no podré ocuparme de mi trabajo?

CARL. Es que no quiero que trabajes mas en adelante. He hecho dos partes del caudal que me resta, una para tí, la otra para mí. Te doy la mas pequeña, ya ves que no oculto mi egoismo.

CLARA. No te comprendo, Cárlos.

CARL. Toma esos papeles.

CLARA. ¿Para qué?

CARL. Léelos, cuando yo haya partido.

CLARA. No, voy á leerlos al instante. (*Hojea los papeles.*) ¡Un título al portador! ¡Una renta de dos mil francos!.. ¡Cárlos, tú me abandonas, tú amas á otra mujer!

CARL. ¡Deliras! Te hago ese don, porque es tiempo que me ocupe del porvenir de nuestro hijo, de cuyo pasado has estado tan noblemente encargada hasta hoy. Puedo arruinarme por completo, puedo morir. Tú misma, ¿no estás espuesta tambien á este último trance? Es preciso preverlo todo. Acepta esa renta; no es la limosna de un amante que se rescata, es el depósito de un padre previsor.

CLARA. ¿Me lo juras?

CARL. He comprado para tí una linda casita de campo, que estoy seguro te gustará mucho. La habitarás durante mi ausencia: (*Movimiento de Clara.*) en ella recibirás mis cartas; allí iré yo á buscarte á mi regreso, y la viviremos juntos. ¿Estás contenta? Cuando haya repuesto mi fortuna y la de mi familia, seré enteramente libre, y entonces...

CLARA. ¡Carlos mio!..

CARL. Ya ves, que pienso en tí, y que te amo siempre. Prométeme que serás buena, que no llorarás, y que mañana mismo irás á habitar tu nueva morada. Asi lo deseo.

CLARA. Haré lo que tú quieras.

CARL. Los títulos de propiedad estan con los demas papeles que te he dado.

CLARA. Pero si el dinero que llevas fuese insuficiente, si te encontrases en algun apuro, ofréceme dirigirte á mí. Todos estos bienes te pertenecen, como sabes tambien

que te pertenece mi vida.

CARL. ¡Querida Clara!

CLARA. Acaso te estoy molestando. Te esperan, estás de prisa, y yo... Es preciso. Tengamos valor y fortaleza. ¡Ven á abrazar á tu hijo... y adios! (*Carlos hace un movimiento.*) No: no puedes partir sin abrazarlo. (*Carlos va rápidamente hácia la puerta de la derecha, la abre, y desaparece un momento. Clara sola.*) ¡Me vuelvo loca! ¡Mi corazon se despedaza!

CARL. (*Aparece de nuevo: viene enternecido: abraza á Clara.*) ¡Adios!

CLARA. ¡Adios! (*Váse Cárlos despidiéndose una última vez desde la puerta. Clara cae sobre una silla, y llora en silencio, la mirada fija en la puerta por donde se ha marchado Carlos. Momentos de silencio.*)

ESCENA XII.

CLARA *y* LUCIANO.

LUC. (*Entrando.*) Con vuestro permiso: vengo á daros las buenas noches... ¿Qué es eso? ¿Llorais?

CLARA. Si, señor Luciano, una gran pena que no esperaba!..

LUC. Lo he adivinado : por eso he venido á veros tan luego como he visto marcharse á Mr. Dovigny.

CLARA. ¿Eh? Suponiais que me encontrariais llorando... y conoceis á Mr. Dovigny!

LUC. Lo he visto muchas veces en la sociedad, y sabia lo que media entre vos y él. Nunca os he hablado de ello, porque he debido respetar vuestra reserva. Es la sola persona que recibis; no era muy difícil adivinar el resto. Por otra parte, es el secreto de toda la vecindad. Lo que sucede hoy, debia suceder tarde ó temprano; y desde pocos dias acá sobre todo, cada vez que venia á veros, esperaba encontraros en el estado en que ahora os encuentro.

CLARA. Entonces... sabeis lo que Mr. Dovigny ha venido á decirme?

LUC. Sin duda. Ha venido á deciros que se marcha para casarse.

CLARA. ¡Para casarse! (*Vivamente.*)

LUC. (*Ap.*) No lo sabia. (*Con remordimiento.*)

CLARA. ¡Y yo que no lo habia adivinado! (*A Margarita, que aparece con un cesto en la mano.*) Dame mi chal y mi sombrero.—Acabais de hacerme mucho mal sin saberlo, señor Luciano; pero os doy las gracias. (*Pónese el chal y el sombrero que le presenta Margarita.*) Vuelvo en seguida. Ten cuidado del niño. (*Recoge los papeles que le dió Cárlos.*) Si me ha mentido, es un miserable! (*Váse.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

En casa de Madame Dovigny. Salon elegante: puerta al fondo, comunicando con el jardin. Puertas laterales. Un piano, etc.

ESCENA PRIMERA.

HERMINIA, EDUARDO.

EDUAR. (*Yendo á Herminia, que toca el piano.*) ¿Qué haceis ahí, señorita? (*Como queriendo asustarla.*)

HERM. Ya lo veis, caballero, toco el piano.

EDUAR. ¿Y vuestra tia? (*Cambiando de tono.*)

HERM. Estaba aqui hace un momento; pero una carta que acaba de recibir, y á la que sin duda debe contestar al instante, la ha obligado á ausentarse. (*Se levanta.*)

EDUAR. ¿Alguna mala noticia?

HERM. Espero que no. Sin embargo, parece que esa carta la ha disgustado un poco.

EDUAR. Dios quiera que no le anuncie alguna desgracia. ¡Quiero tanto á vuestra tia!...

HERM. ¿Deberé estar celosa?

EDUAR. Preguntádselo á vuestro corazon.—¿Qué tocabais cuando he llegado?

HERM. Antiguas canciones... Recuerdos de la infancia. ¡Qué dulces emociones causan á mi alma estas melodias!

EDUAR. Ese mismo sentimiento suele asaltarme tambien muy

á menudo, cuando entono distraido alguno de los aires que me cantaba en mi niñez mi buena madre.

HERM. Es cosa extraña que hombres y mujeres, sin habernos conocido, tengamos los mismos recuerdos de infancia.

EDUAR. Eso depende de que la infancia ha sido la misma para todo ser que ha amado á su madre y que ha sido amado de ella.

HERM. ¿Sentis que haya pasado ese tiempo?

EDUAR. No. Prefiero la edad en que me hallo, en que siento, veo y comprendo; en que mi pena tiene una causa, mi alegria una razon. El niño no goza de esa indiferencia de la primera edad; la echa de menos mas tarde, cuando la compara á las agitaciones cuotidianas de la vida. Asi, yo era niño cuando perdí mi padre: ni siquiera lo recuerdo; mi madre me lo ha dicho... y no sé mas. ¿Por qué, pues, en la edad en que viéndoos siento una dicha tan grande, echaré de menos aquella en que ni siquiera me apercibia de la muerte de mi padre? No; creedlo: el hombre no empieza á vivir hasta que empieza á comprender.

HERM. Y sin embargo, yo, que he perdido mis padres á una edad en que podia comprender la inmensa desgracia de semejante pérdida, ¿cómo es que he sobrevivido á ella, y que he acabado, si no por olvidarla, al menos por familiarizarme con tan triste recuerdo? ¿No hay en eso una gran ingratitud?

EDUAR. Habeis seguido la ley de la naturaleza, que no consiente los pesares eternos. El mundo se hubiera acabado muy pronto si el primer hijo no hubiera podido sobrevivir á la muerte de la primera madre.

HERM. ¿Sabeis que la vida es espantosa? ¿Que hay para dudar de todo?

EDUAR. ¿Por qué no aprovechar el dia? Porque se sabe que la noche ha de venir. ¿Por qué dudar del presente? Porque se prevé la muerte en el porvenir. Cada edad tiene ademas sus goces; y cuando el tiempo, con la ayuda de las gradaciones, cuyo secreto le ha dado naturaleza, nos habrá conducido dulcemente, apoyado el uno en el otro hácia nuestro horizonte, hallaremos que el descanso nos es muy grato, y si nos ofrecieran empezar de nuevo, rehusariamos, sin duda.

HERM. No importa. Prefiero que hablemos del presente ó del

pasado.

EDUAR. Como gusteis.

HERM. ¿Os acordais del dia en que nos encontramos por la primera vez?

EDUAR. El 6 de mayo. Ibais de paseo con vuestra tia. Yo os seguí, sin atreverme sin embargo á acercarme demasiado. Entrasteis en una casa de campo...

HERM. (*Continuando.*) Y vos me esperasteis á la puerta.

EDUAR. (*Vivamente.*) ¿Sabiais que yo estaba allí?

HERM. ¿No dicen que los enamorados tienen doble vista?

EDUAR. Cuando salisteis, y al querer imprudentemente saltar un arroyo, dejasteis caer vuestro ramo de flores. Yo me apresuré á recogerlo, y os le devolví en seguida... pero guardé para mí una de sus flores. «Gracias,» me dijisteis:—me separé de vos; volví varias veces la cara para miraros... y al dia siguiente os encontré en el mismo paraje. ¡Ya os amaba!

HERM. Y decir que todo ha dependido de una casualidad. Porque, en fin, si el segundo dia hubiésemos tomado otra direccion... nunca me hubiera casado, probablemente; porque estaba muy resuelta é no dar mi mano sino al hombre á quien mi corazon amara.

EDUAR. Hubieras amado á otro que á mí.

HERM. Creo que no. Y vos, ¿qué hubieseis hecho?

EDUAR. Continuar mi viaje, volver al lado de mi madre... y quién sabe si á estas horas seria ya un grande hombre.

HERM. ¡Hola!

EDUAR. Como lo ois. No sé qué locas ideas de gloria y de ambicion se habian amparado de mí, antes de conoceros; porque aqui donde me veis soy un sabio consumado. He publicado algunas obras de importancia, he estudiado las cuestiones políticas, historia, economia, y casi me creia, con un poco de fortuna, en el catálogo de los Newton y los Mirabeau. ¡Noble y respetable orgullo de la juventud!—Una mañana de primavera mis ojos se detienen á contemplar la belleza de una jóven, y mis ensueños de ambicion van á perderse entre los perfumes de las flores. Me apercibo que la gloria no es mas que el consuelo de los que no tienen un amor; y ahora toda mi ciencia consiste en saber que me amais, todo mi genio en probaros que os amo.

HERM. ¿Qué dirá vuestra madre de un cambio semejante?

EDUAR. Mi madre lo aprobará; siempre me ha hecho el elogio de la oscuridad, de la dicha interior.

HERM. Mi corazon me dice que he de amar á vuestra madre.

EDUAR. Y hareis bien, Herminia, porque ella os amará tambien.

HERM. ¿Qué edad tiene?

EDUAR. Es jóven todavia... y parece mas bien mi hermana.

HERM. ¿Cuándo debe llegar?

EDUAR. La espero de un dia á otro.—¿Y decidme, la Marquesa?..

HERM. ¿Mi abuela? Llegará hoy mismo.

EDUAR. Os confieso que tengo miedo de ella. Me han dicho que es tan severa, de tan mal carácter...

HERM. La verdad es que tiene siempre un humor infernal. La Marquesa es una mujer absoluta, que no acepta que nadie mas que ella tenga una buena idea; que cree que el mundo la pertenece, y que sin conoceros, sin saber por qué, y solo por costumbre, se ha declarado en contra vuestra.

EDUAR. Eso me amedrenta.

HERM. ¿Por qué? Se trata solamente de ser mas testarudos que ella.

EDUAR. ¿Es decir, que vos lo sois?

HERM. ¡Oh!.. cuando creo tener derecho. Ya estais prevenido. No os preocupeis del aire de importancia que se dará con vos, como con todo el mundo.

EDUAR. ¿Pero por qué vuestro tio, que es vuestro tutor, no viene hoy con la Marquesa su madre?

HERM. Anda recorriendo un distrito electoral.

EDUAR. ¿Se presenta candidato?

HERM. Todavia no; pero se prepara el terreno para su dia. Esto le divierte mas que ocuparse de mí, y como tampoco está muy bien con su madre... La buena señora hace temblar á toda la familia, excepto al Marqués y á mí.

EDUAR. ¡Qué hombre tan bueno es el Marqués!

HERM. Y os quiere con locura. Le he escrito para que venga hoy. Es nuestro mas seguro apoyo.

ESCENA II.

DICHOS, y ENRIQUETA.

ENR. Buenos dias, señor don Tournel.

EDUAR. Buenos dias, señora.

ENR. (*A Herminia.*) La Marquesa acaba de llegar, y te espera.

HERM. Voy al instante. (*A Eduardo.*) Con vuestro permiso.

ENR. La hallarás en el pabellon. (*Váse Herminia.*)

EDUAR. ¿Es cierto que habeis recibido una mala noticia?

ENR. Si, una noticia que me inquieta.

EDUAR. Me dijisteis hace algunos dias que acaso podria yo prestaros un servicio. ¿Ha llegado el momento?

ENR. Quizás.—Sé que puede contarse con vuestra discrecion y vuestra lealtad.

EDUAR. Señora...

ENR. Pero decidme antes con franqueza. El dia que nos encontrasteis á Herminia y á mí por la primera vez, sabiais quiénes eramos?

EDUAR. No. Lo supe al dia siguiente. Monsieur de Nervaux, que mas tarde me presentó á vos, me instruyó de todo.

ENR. ¿Y vuestra amistad con Monsieur de Nervaux?..

EDUAR. Proviene de la circunstancia de que tiene una quinta al lado de la que posee mi madre cerca de Chateauroux, y con este motivo...

ENR. Perdonad este interrogatorio... es indispensable. Monsieur de Nervaux no os ha iniciado en algun secreto?..

EDUAR. No.

ENR. ¿No os ha hablado nunca de la clase de relaciones que le unen con mi esposo?

EDUAR. No.

ENR. Pues escuchad, amigo mio.—Mi esposo es un hombre apático por naturaleza, y sin embargo, la Marquesa su madre, lo incita é impele sin cesar hácia los proyectos de ambicion, de tal modo, que logra arrastrarlo á pesar suyo.

EDUAR. He oido, en efecto, que es ciego ejecutor de la voluntad de la Marquesa.

ENR. Eso ha hecho que hoy se encuentre comprometido en un asunto de Estado, y ahí teneis la causa de mi inquietud.

EDUAR. (*Con interés.*) Hablad, señora.

ENR. Sois jóven, noble y generoso... Bien puedo confiarme á vos. Monsieur de Nervaux, nuestro comun amigo, es como sabeis, una de las primeras figuras políticas de nuestro pais, y se halla colocado al frente de la oposicion. Mi marido, unido á este hombre por lazos de fa-

milia, exaltado despues por su madre, se unió tambien á él en política y... en una palabra, han conspirado juntos.

EDUAR. Continuad.

ENR. Acabo de recibir un aviso secreto: monsieur de Nervaux vá á ser detenido hoy mismo.

EDUAR. ¡Cielos!

ENR. En su poder se hallan cartas y papeles de mi esposo que pueden comprometerlo sériamente, y que yo misma he puesto en sus manos.—A nadie puedo confiarme en estos momentos, sino á un hombre leal y seguro. ¿Quereis ser ese hombre?

EDUAR. Con toda mi alma.

ENR. Presentaos con esta carta en casa de monsieur de Nervaux. Recoged esos papeles y traédmelos en seguida. Salvad á vuestro amigo... salvad á mi esposo.

EDUAR. Estaré de vuelta dentro de media hora.

ENR. Gracias. (*Tendiéndole la mano.*) No os detengais. (*Va á salir en el mismo momento que entra el Marqués.*)

ESCENA III.

DICHOS *y el* MARQUES.

MARQUES. ¿Os marchais, señor Eduardo?

EDUAR. Para volver en seguida, señor Marqués.

MARQUES. Si, si, eso vale mas. Mi hermana ha llegado, y prefiero que seamos nosotros, y no vos, quienes recibamos los primeros cañonazos. Id descuidado. Nos ocuparemos bien de vuestro negocio.

EDUAR. Hasta despues. (*Váse.*)

MARQUES. ¡Excelente jóven! Me gusta mucho; no lo puedo remediar, es una simpatia irresistible.—¡Oh!... Mirad á mi hermana: mirad como se acerca. Parece Luis XIV, paseándose por sus jardines de Versalles. Tiene aire de presentarse las armas á ella misma. Herminia debe divertirse mucho con esa compañera.—Dorvigny lo entiende: nunca viene cuando está aquí su madre.

ENR. Nunca.

MARQUES. Hé ahí uno que no está por las contestaciones ni las dificultades. ¡Egoiston por principio!

ENR. Su madre le ha prohibido tambien que vuelva á verla.

MARQUES. ¿Desde que se ha asociado á un negocio industrial? Preferiria verlo en una antecámara de palacio, ó lanzado en el torbellino de la política.

ENR. (*Ap.*) (¡Si supiera!...) Es preciso que vaya á recibirla.

MARQUES. No: esperad... ya está aqui. (*La Marquesa entra con Herminia.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *la* MARQUESA, HERMINIA.

MARQ. ¡Ah!.. No pensé que mi señor hermano estuviese en casa. Como no he tenido el gusto de verlo á mi llegada...—El tiempo está húmedo... y habeis tenido miedo de mojaros los pies.

MARQUES. Justamente.

MARQ. Yo tengo reumatismo, y sin embargo me he molestado en venir.

MARQUES. Habeis hecho mal.

MARQ. Esas cosas dependen del carácter: asi, estoy dándoos cuenta de mi salud, á pesar de que no me habeis preguntado todavia... (*Volviéndose á Herminia.*) Conque dices que ese jóven se llama?..

HERM. ¿Qué joven, mamá?

MARQ. Ese, con quien todos aqui quereis casaros.

MARQUES. (*Ap.*) Esto empieza mal.

HERM. Yo sola soy quien lo desea; pero no temais, nadie fuerza mi voluntad.

MARQ. En fin, ¿cómo se llama?

HERM. Monsieur de Tournel.

MARQ. (*Recordando.*) ¿De Tournel? (*Al Marqués.*) ¿Conoceis vos?..

MARQUES. Si; es un jóven... moreno... de estatura regular...

MARQ. (*Interrumpiéndolo.*) ¡Eh!.. No os pregunto eso. Digo que si conoceis alguna familia que se llame asi.

MARQUES. No puedo conocer á todas las familias de Francia.

MARQ. Pues yo si... á todas las de alguna distincion, y no hay entre ellas ningun de Tournel. En otro tiempo hubo un de Feurniel, que no tuvo mas que una hija, la cual se casó con un tal Bertran, que era primer caballerizo de Carlos X, y cuya madre habia sido dama de honor de

la Delfina... pero no es el mismo apellido...

MARQUES. Evidentemente.

MARQ. Ese descenderá sin duda del imperio. Su padre habrá ganado alguna batalla... (*A Herminia.*) Vamos, ¿y qué?

HERM. Monsieur de Tournel me ama y quiere casarse conmigo.

MARQ. ¿Y vos?

HERM. Yo tambien.

MARQ. Es decir, que no necesito mas que dar mi consentimiento.

HERM. ¡Eso es, mamá!

MARQ. ¿De qué conoceis á ese jóven?

HERM. Lo encontramos un dia...

MARQ. ¿En alguna sociedad?

HERM. No.

MARQ. ¿Pues dónde?

HERM. En un paseo, en el campo.

MARQ. ¡Eh! ¿Y quién os lo hizo conocer?

HERM. La casualidad.

MARQ. ¿Y vuestra tia lo ha recibido?

HERM. Perfectamente.

MARQ. (*Despues de una leve pausa y mirando al Marqués.*) ¿Qué decis de esto?

MARQUES. Ya lo veis: no digo nada.

MARQ. ¿Os parece may natural?..

MARQUES. Ciertamente. Una calle de árboles... un jóven que se pasea... una jóven que se pasea al mismo tiompo... Eso se vé todos los dias.

MARQ. Entonces os lo parecerá tambien que sin mas formalidades, se haya ofrecido la mano de mi nieta á una persona...

MARQUES. Nadie ha hecho aqui semejante cosa, y únicamente se ha autorizado á monsieur de Tournel, para que os pida á Herminia. Eso ha sido todo.

ENR. Y cuando lo conozcais...

MARQ. Precisamente de lo que me quejo es de que no lo conozco.

ENR. Quiero decir, que si le hubierais visto una sola vez, lo juzgariais de otro modo. Es cierto que ha sido la casualidad quien nos lo ha hecho conocer; pero no he tardado mucho en apreciar la grande elevacion de su carácter y de sus ideas? No veo donde está el mal de

que se unan dos jóvenes por inclinacion y no por órden, ó por lo que hoy se llaman conveniencias; ni es mucho que de tiempo en tiempo se haga un enlace de este género, aunque no sea mas que para disculpar los otros.

MARQUES. ¡Muy bien dicho!

MARQ. ¿Y vos, Herminia, qué pensais?

HERM. Yo... soy de la opinion de mi tio el Marqués.

MARQ. ¿Y mi hijo, es tambien de la misma opinion?

HERM. Le he escrito con este motivo, y me ha contestado que seguiria vuestra decision.

MARQ. Me felicito de ello. ¿Y dónde se halla actualmente mi señor hijo? ¿Continua en el comercio?

MARQUES. Trabaja en la industria. Hace construir buques; un objeto muy á propósito para viajar por el mar.

MARQ. Es muy lisonjero para mí tener un hijo que hace buques.

MARQUES. Su padre hacia casas, en cambio.

MARQ. (*Vivamente.*) Mi marido no hacia nada.

MARQUES. Acabemos. Es preciso que nos entendamos de una vez, para siempre. Nosotros descendemos de una familia de Monrose, y nos orgullecemos, ó mejor dicho, os orgulleceis de que circule sangre real por nuestras venas, á causa de ciertas bondades que el gran rey Enrique IV dispensó á una de las hembras de nuestra casa. Es curioso que las faltas de una mujer sean en una familia título de nobleza para sus descendientes.

MARQ. Continuad... continuad en ese tono. Me parece muy bien.

MARQUES. Continuo.—Durante la revolucion, durante el tiempo de la miseria y el destierro, tomasteis vuestro partido sobre nuestra nobleza, y os casasteis con monsieur Dovigny, contratista...

MARQ. (*Vivamente é interrumpiéndole.*) Arquitecto.

MARQUES. Sea: arquitecto, padre de vuestros dos hijos, de los cuales uno construye buques, y el otro ha muerto general de division, lo cual es muy honroso. Este último era padre de Herminia; y debo decir, que los que le hemos conocido, encontramos sin dificultad en la hija la firmeza de carácter del padre.

MARQ. ¡Linda herencia por cierto!

MARQUES. Vino el imperio, y os apresurasteis á escribir en vuestras tarjetas vuestro antiguo apellido de familia. En

fin, habeis acabado por creer, vos misma, que vuestros hijos son de la primera nobleza de Francia. Es un error, hermana, y mas que un error; es un ridículo que pasa, porque sois anciana, y porque en Francia pasan todos los ridículos.

MARQ. ¡Marqués!

MARQUES. (*Continuando.*) Pero cuando estamos en familia, y cuando se trata de la nobleza de un pretendiente á la mano de vuestro sobrina, no debierais mostraros en este punto demasiado exigente. Yo solo he conservado esa nobleza de raza; yo solo tengo derecho de llevar nuestro título y nuestro nombre, que de nada me serviria si no hubiese tenido la buena idea de hacer mi fortuna en la India; y como no tengo hijos, sucederá que ese gran nombre de Monrose desaparecerá definitivamente el dia de mi muerte. Creedme, lo importante es que ese jóven sea bueno y honrado, que ame á Herminia, y que sea amado de ella. El hombre es quien hace al título, y no el título al hombre. Y con esto he dicho y me siento; nunca he hablado tanto, ni en la cámara de los pares, de que soy miembro... y vos no. Ya veis qué injusticia. (*La Marquesa va á hablar y aparece un criado.*)

ESCENA V.

DICHOS *y un* CRIADO.

CRIADO. Ahí fuera hay un caballero que pregunta por la señora Marquesa.

MARQ. ¿Su nombre?

CRIADO. Hé aqui su tarjeta.

MARQ. (*Leyendo.*) «Jacinto Fressard, notario de Chateaurroux.» ¿Qué quiere ese caballero?

CRIADO. Dice que es el notario de monsieur de Tournel.

MARQ. Que pase. (*Váse el criado.*) Ahora sabremos probablemente algunos detalles.

ESCENA VI.

DICHOS *y* JACINTO.

JAC. ¿La señora Marquesa de Orgebac?

MARQ. Yo soy.

JAC. Deseo que nos hallemos solos para daros cuenta de la comision de que estoy encargado.

ENR. En ese caso... (*Se dirige al fondo con Herminia.*)

JAC. Os ruego que me disimuleis. (*Excusándose con los otros personajes.*)

MARQUES. (*Ap.*) ¡Un incidente! ¡Un misterio! Mi hermana debe estar en sus glorias. (*Vánse.*)

ESCENA VII.

La MARQUESA, JACINTO.

MARQ. Os escucho, caballero.

JAC. Seré conciso: creo que es lo mejor en esta clase de comisiones. Monsieur de Tournel ama á vuestra nieta, y espera para pediros su mano la llegada de su madre y los papeles que justifican su fortuna y posicion social.

MARQ. Asi parece.

JAC. Pues hé ahí donde precisamente empiezan las dificultades.

MARQ. ¿Luego existen?

JAC. ¿Las habiais previsto?

MARQ. Las sospechaba. Continuad.

JAC. Continúo, ó empiezo, diciéndoos, que el pretendiente á la mano de vuestra nieta... no se llama monsieur de Tournel.

MARQ. ¡Ya decia yo! Ese apellido no existe. ¿Es el nombre de alguna propiedad?

JAC. Justamente; y ademas ese jóven no es hijo de una viuda, como su madre se lo ha hecho creer, sino el hijo no reconocido de una obrera llamada Clara Derval.

MARQ. ¿Estais seguro de lo que decis?

JAC. Es la pura verdad.

MARQ. ¡Cosa mas extraordinaria!... Es decir que conoceis particularmente á monsieur de Tournel?

JAC. Soy su notario y su padrino.

MARQ. Y sin duda, no atreviéndose él mismo á hacer esa declaracion, os ha encargado...

JAC. No, señora. Eduardo ignora el paso que doy en este momento, como ignora los detalles que acabo de referiros.

MARQ. Me permitirais que os diga que esa segunda parte es inverosímil.

JAC. Os lo juro por mi honor.

MARQ. ¿Y en cnanto á su fortuna?...

JAC. Es real y efectiva.

MARQ. Lo pregunto por mera curiosidad: ni tengo interés en conocer el orígen de ella.

JAC. Es honroso y legítimo.

MARQ. No lo dudo. ¿Es eso todo cuanto teniais que decirme?

JAC. No, señora: aun no he acabado.

MARQ. Tanto mejor.

JAC. Parece que mi conversacion os divierte.

MARQ. Vuestro relato me interesa.

JAC. Me permitireis que proceda por órden. Como embajador, necesito sujetarme á un programa. (*Saca un papel. y lo repasa ligeramente.*) En primer lugar, debo preguntaros, si despues de lo que acabais de oir, consentis en el enlace de la señorita Herminia con Monsieur de Tournel, ó mas bien Derval, pues que este último es su verdadero nombre.

MARQ. No.

JAC. Perfectamente. Y decidme, señora Marquesa, ¿ese nombre de Derval no trae algun recuerdo á vuestra imaginacion?

MARQ. Ninguno.

JAC. Pues vais á ver como la casualidad se ha divertido en ofreceros hoy un espectáculo curioso. Eduardo Derval es primo de la señorita Dovigny, porque es vuestro nieto.

MARQ. ¡Caballero!.. ¡Semejante suposicion!..

JAC. Un poco de calma. La señorita Herminia, es hija de vuestro primogénito, que ha muerto, segun tengo entendido.

MARQ. ¿Y bien?

JAC. Eduardo Derval lo es de vuestro segundo hijo monsieur Dovigny y de Clara Derval, que fué costurera en

vuestra casa, y á quien vuestro hijo sedujo por entonces.

MARQ. ¡Cómo! ¿Esa mujer que estuvo en mi casa hace veintitres ó venticuatro años, y que quiso dar, no sé que escándalo, en la época del matrimonio de mi hijo?..

JAC. La misma. Convenid en que el motivo era fundado.

MARQ. Detestable, caballero.

JAC. Réstame entonces preguntaros, si sabiendo como sabeis que Eduardo es vuestro nieto, persistis aun en rehusarle la mano de su prima.

MARQ. En primer lugar, semejante parentesco no existe; entre personas de nuestra clase, no hay familia, en tanto no hay alianza; y por lo demas, rehuso y rehusaré todo el tiempo que la ley me lo permita.

JAC. Perdonadme si insisto á pesar de todo; pero no se trata de mí, y debo emplear los medios de conciliacion, antes...

MARQ. ¿Antes de qué?

JAC. Antes de recurrir á otros.

MARQ. ¿Se quiere apelar al escándalo?

JAC. Nada de eso. La madre de Eduardo ofrece, si consentis en esa union, alejarse, vivir ignorada de todo el mundo... Cuantos sacrificios le exijais, en fin... ¿No?

MARQ. No.

JAC. He concluido... con vos al menos; y os confesaré que no habia dudado un instante de cual seria vuestra respuesta.

MARQ. Conociendo, como debeis conocer las leyes, decidme francamente, ¿estoy en mi derecho, si ó no?

JAC. Si, señora Marquesa; y suceda lo que quiera, ni vos ni yo tendremos de que reconvenirnos.

MARQ. ¿Qué puede suceder?

JAC. Segun todas las probabilidades, si Eduardo, mi ahijado, ama realmente á la señorita Herminia Dovigni, y ella ama realmente á mi ahijado, como creo, se casarán; porque no es justo que la falta de un individuo, impida ser dichosa á toda una generacion.

MARQ. ¿Y se casarán á pesar mio?

JAC. A pesar vuestro.

MARQ. ¿Y por qué medio?

JAC. Por uno que yo les indicaré.

MARQ. ¿Qué es?...

JAC. Que es muy sencillo. Es todo lo que puedo deciros por hoy.

MARQ. Confieso que tengo curiosidad de verlo realizado.

JAC. Aun sois bastanse jóven para que no llegueis á satisfacerla.

MARQ. Entre tanto, tened la bondad de evitarme el disgusto de despedir á ese jóven.

JAC. Está bien.

MARQ. Creo que no tenemos nada mas que decirnos.

JAC. Nada mas.

MARQ. En ese caso... os saludo, caballero.

JAC. Tengo el honor de ofrecerme á vuestras órdenes. (*Váse la Marquesa.*) ¡Pobre Eduardo! (*Vá á marcharse al mismo tiempo que entra Eduardo.*)

ESCENA VIII.

JACINTO *y* EDUARDO.

EDUAR. (*Entrando.*) ¡Calle! ¿Sois vos, padrino?

JAC. El mismo. ¡Voto á sanes!... Como va esa salud.

EDUAR. Perfectamente. ¿Pero cómo es que os encuentro aqui?

JAC. He venido con tu madre.

EDUAR. (*Con gran alegria.*) ¿Está ahí?

JAC. No, nos espera en... en el hotel de Francia.

EDUAR. Corramos á su lado.

JAC. Escúchame antes un instante. ¿Eres fuerte? ¿eres lo que se llama un hombre?

EDUAR. ¿Qué quereis decir?

JAC. Te pregunto si, como hombre de juicio, estás preparado á todos los acontecimientos de esta vida?

EDUAR. ¡Mi madre ha muerto!

JAC. No; pero pues que es la primera desgracia en que has pensado, la que tengo que anunciarte es menos grande.

EDUAR. Hablad.

JAC. Te niegan la mano de la señorita Dovigni.

EDUAR. ¿Por qué?

JAC. Porque eres un hijo natural?

EDUAR. ¿Quién lo ha dicho?

JAC. Yo; el acta de tu nacimiento. Lee. (*Le entrega un papel.*)

EDUAR. (*Leyendo.*) «Un niño inscrito con el nombre de Eduardo, hijo de la señora Clara Derval; padre desconocido.» ¿Esta es mi acta de nacimiento?

JAC. Si.

EDUAR. ¡Luego yo he mentido!... ¿Qué ha hecho mi madre para que mi padre no se haya casado con ella? ¿Por qué me han ocultado la verdad? Es preciso que yo lo sepa todo; ese padre que la ley no conoce, tenia un nombre.

JAC. Sin duda.

EDUAR. ¿Vive?

JAC. Vive.

EDUAR. ¿Y se llama?

JAC. Monsieur Dovigny.

EDUAR. ¿El tio y tutor de Herminia?

JAC. El mismo. (*Eduardo dá un paso hácia el fondo.*) ¿A dónde vas?

EDUAR. A buscar á mi padre.

JAC. ¿Para qué?

EDUAR. Para verle... pues que nunca le he visto. (*Váse. Jacinto le sigue.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de hospedaje de una fonda.

ESCENA PRIMERA.

CLARA *sola, poniendo en órden algunos papeles, sentada cerca de una mesa.* JACINTO *entra en escena.*

CLARA. ¿Por fin ya estás aqui?

JAC. Si; y creí que ese maldito carruaje no llegaria nunca

CLARA. ¿Qué noticias me traes?

JAC. Malas.

CLARA. Ya me lo temia. ¿La Marquesa?..

JAC. Nada hay que esperar por ese lado.

CLARA. ¿Madama Dovigny?..

JAC. Esa tiene traza de una buena mujer. Es verdad, que cuando me vió no sabia aun el objeto que me llevaba.

CLARA. ¿Y la jóven? ¿Herminia?

JAC. Esa es lo mejor de la familia.

CLARA. En fin, Eduardo?..

JAC. Ya puedes adivinar el efecto que le ha producido la noticia!

CLARA. Me maldijo, sin duda!

JAC. ¡Él!.. ¡Estás loca!.. Solo quiso saber el nombre de su padre.

CLARA. ¿Se lo has dicho?

JAC. Imposible ocultárselo. Entonces fué en su busca... y en este momento estará en su casa.

CLARA. ¿Pero qué va á pasarse entre ellos?

JAC. Eso es lo que no puedo saber.

CLARA. Debiste detenerle. Eduardo tiene un excelente corazon, pero un carácter violento.

JAC. Facilillo es detener á un jóven violento en una situacion semejante. Si tú hubieras escuchado mis consejos, se lo habrias dicho todo hace tiempo. En fin, he venido á noticiarte lo que hay, porque era lo mas urgente: ahora me voy á casa de Dovigny, á ver lo que por allí pasa, y volveré lo mas pronto posible.

CLARA. ¡Ay Jacinto, qué bueno eres!

JAC. Una hora todavia de paciencia.

ESCENA II.

DICHOS, EDUARDO.

EDUAR. ¡Madre mia!

JAC. Ya es tarde.

CLARA. (*Abrazando á Eduardo.*) ¡Eduardo! ¡Hijo mio!

EDUAR. (*Tiende la mano á Jacinto.*) Vengo de casa de monsieur Dovigny.

CLARA. ¿Y bien?

ENUAR. Habia salido, pero le he dejado mis señas y mi nombre; el nombre que llevaba hace dos horas, rogándole me envie á decir á qué hora podré verle. (*A Clara.*) Me alegro de este retardo, porque me da tiempo de hablar contigo.

CLARA. (*A Jacinto que se va.*) No te alejes, porque luego necesitaré hablarte. (*Váse Jacinto.*)

ESCENA III.

CLARA, EDUARDO.

EDUAR. Di, madre mia; tú vas á contármelo todo, ¿no es cierto?

CLARA. Pregunta.

EDUAR. Ya ves que necesito saber á fondo la verdad, para poder explicarme con monsieur Dovigny.

CLARA. ¿Qué vas á decirle?

EDUAR. Eso dependerá de lo que tú me hayas revelado.

CLARA. No olvides que es tu padre.

EDUAR. Como él no ha olvidado que soy su hijo...

CLARA. Tal vez no es tan culpable como parece.

EDUAR. ¿Ya le disculpas?

CLARA. Ese es mi deber.

EDUAR. Tu deber, cuando te abandonó sin tener por qué reconvenirte! porque de nada podia reconvenirte, ¿no es verdad, madre mia?

CLARA. De nada: lo juro ante Dios. Pero piensa bien lo que vas á hacer.

EDUAR. La cosa mas sencilla del mundo. Quiero saber qué razon puede tener un padre para abandonar á su hijo; y se la voy á preguntar á él mismo. Si la razon que me da es buena, me convencerá.

CLARA. ¿Y si no quiere darte ninguna?

EDUAR. ¿Por qué?

CLARA. Porque puede negar que es tu padre: nada lo prueba.

EDUAR. Ante la ley, verdad; pero ante nosotros...

CLARA. ¿A qué te conducirá esa explicacion?

EDUAR. A conocer la verdad.

CLARA. Pues voy á decírtela; y el no haberlo hecho antes es mi sola falta para contigo. Creí poder dejarte siempre en esa ignorancia, ó al menos hasta mi muerte, te separé de todas las carreras para las que hubiera sido menester confesar tu verdadera posicion. Bien conozco que no tenia derecho para obrar asi; pero hoy, en vista de tu amor por la señorita Dovigny, de la ruptura de tu casamiento, y de la pérdida de tus esperanzas, esta revelacion toma las proporciones de una desgracia irreparable. Sin embargo, no lo es; porque yo he sido digna de tí, como tú eres digno de ella. Todo depende de la explicacion que vas á tener con tu padre. Ahora, que se han calmado las pasiones, que eres ya un hombre, y yo una mujer de edad, comprendo las cosas de distinto modo que antes. Sé cariñoso y conciliador durante esa entrevista. Monsieur Dovigny se sentirá orgulloso de tí, cuando te haya conocido. Solo él puede reparar, si no materialmente, moralmente al menos, la desgracia que te amenaza, pues que es el tutor de su sobrina. Apela á sus buenos sentimientos; te escuchará

te llamará su hijo, estoy segura de ello... no delante de todo el mundo, pero si en la intimidad de su corazon; y sintiendo tal vez haberte excluido de su familia por su matrimonio, te hará volver á ella por el tuyo. ¿No crees como yo que esto es lo mejor que puedo aconsejarte?

EDUAR. No, madre mia, no. Juzgar que un hombre como yo, que hace veintitres años ama y estima á su madre, como la mejor y mas santa de las mujeres, informado de repente del pasado, va á encontrarse por la primera vez con su padre, y no le exigirá la explicacion de su vida? Que lo olvidará todo, ó no querrá saber nada con tal de que se le conceda la mano de la que ama? No: tú has hecho de mí un hombre demasiado pundonoroso y leal, para que pienses que pudiera vivir dudando de tí, y aun de mí mismo. Amo á Herminia, es verdad; pero mi honra es primero que mi amor.

CLARA. Eduardo...

EDUAR. Escucha. Hay en mi vida pasada y presente un misterio, que hasta ahora no habia podido herir mi imaginacion, y cuya explicacion no me atrevo á pedirte; tan acostumbrado estoy á amarte y respetarte.

CLARA. Interrógame cuanto quieras. Al estado á que han llegado las cosas, mi deber es no ocultarte nada.

EDUAR. Pues bien, ¿cómo si eras pobre, y cómo si mi padre te abandonó, te encuentras hoy con una fortuna considerable? Perdona que te dirija esta pregunta.

CLARA. Vas á saberlo, hijo mio, y tú mismo...

CRIADO. (*Apareciendo.*) Perdonad.

EDUAR. ¿Qué quereis?

CRIADO. (*A Eduardo.*) Un caballero, en cuya casa habeis estado hace poco, pregunta por vos, y dice que desea hablaros. Se llama monsieur Dovigny.

EDUAR. (*Vivamente y abriendo la puerta de la izquierda.*) Decidle que pase adelante. (*Váse el criado.*) Entra en este cuarto, madre mia; escucha nuestra conversacion... y aparece cuando creas deber aparecer. (*Le estrecha cariñosamente ambas manos.*)

CLARA. ¿Me prometes?..

EDUAR. Te prometo conducirme como un hombre de honor. (*Clara entra en el cuarto, en el momento que aparece Dovigny.*)

ESCENA IV.

DOVIGNY *y* EDUARDO.

DOV. ¿Es á monsieur de Tournel á quien tengo el honor de hablar?

EDUAR. Yo soy, caballero.

DOV. Habeis tenido la bondad de presentaros en mi casa, y he sentido mucho no haberme hallado en ella en ese momento. He visto vuestra tarjeta, y me he apresurado á venir á buscaros.

EDUAR. Agradezco vuestra cortesia.

DOV. Era muy natural. (*Se sientan.*)

EDUAR. Madame Dovigny, á quien tuve el honor de conocer hace algunos meses, os habrá hablado sin duda de mí.

DOV. Con efecto, y en sus últimas cartas sobre todo, lo hace de una manera tal, que ya os estimaba por mi parte, sin conoceros. Me dice que amais á mi sobrina y que le habeis hecho el honor de pedir su mano. ¿Mi señora madre no debia haber ido á la quinta?

EDUAR. Allí está en este momento.

DOV. ¿La habeis visto?

EDUAR. No señor.

DOV. ¡Ah!... Ella es, sin embargo, quien se ocupa especialmente de Herminia, y por mi parte solo puedo ratificar lo que mi madre haga. Pero esta cesion de mis derechos no ha disminuido mis deberes, ni atenuado la afeccion que siento por Herminia, á quien amo como si fuera mi hija, y que será mi única heredera, pues que no tengo hijos.

EDUAR. ¡Ah! Vos no teneis hijos.

DOV. No.

EDUAR. ¿Ni los habeis tenido nunca?

DOV. Nunca.

EDUAR. (*Despues de una pausa.*) Cuando me presenté en vuestra casa, fué para preveniros, que mis proyectos de matrimonio deben considerarse como irrealizables.

DOV. ¿Retirais vuestra peticion, caballero?

EDUAR. No. Pero vuestra señora madre rehusa su consentimiento, y sin duda vuestra decision será igual á la suya.

DOV. ¿Y por qué esa negativa?

EDUAR. Porque asi como vos no habeis tenido hijos, lo cual se explica, yo no he tenido padre, lo cual no se explica.

DOV. ¿Qué quereis decir?

EDUAR. Soy un hijo natural, caballero: acabo de saberlo hace dos horas, y me he apresurado á ir á decíroslo. Mi madre me habia ocultado siempre mi posicion; de otro modo no me hubiera permitido pedir la mano de vuestra sobrina. La Marquesa, que acaba de saber la verdad, rehusa formalmente su consentimiento, y no me queda mas esperanza que vos.

DOV. Confieso que me ha sorprendido esa revelacion.

EDUAR. Que vuestra respuesta sea tan franca como mi confesion lo ha sido.

DOV. En ese caso, os diré, caballero, que vuestra franqueza prueba que sois bueno y honrado; pero desgraciadamente...

EDUAR. Desgraciadamente...

DOV. Pertenecemos á una clase en la cual, á lo que ciertas gentes dan el nombre de preocupacion, se llama todavia un principio. Herminia no es hija mia, no puedo disponer hasta ese punto de su suerte. El matrimonio no es solamente la union de dos personas, es ademas la alianza de dos familias: es necesario pues...

EDUAR. Que esas dos familias sean, si no del mismo rango, al menos de la misma raza.

DOV. Justamente. Me habeis pedido que sea franco, perdonadme si lo soy.

EDUAR. Ahora veremos hasta donde llevareis esa franqueza. Mi madre se llama Clara Derval.

DOV. (*Levantándose.*) ¡Eh! ¡Clara Derval!

EDUAR. Si. (*Se levanta y lo observa atentamente.*)

DOV. ¡Sois hijo de Clara Derval!

EDUAR. Y vuestro, por consecuencia.

DOV. ¿Eh?..

EDUAR. Si negais que sois mi padre, me retiro inmediatamente. (*Disponiéndose á partir.*)

DOV. (*Vivamente.*) No, esperad...

EDUAR. Entonces... dejadme que os pregunte, ¿por qué no os habeis casado con mi madre? ¿Por qué no me habeis dado vuestro nombre?

DOV. Nada tengo que contestaros.

EDUAR. ¿Por qué?..

DOV. Porque nada puedo reparar.

EDUAR. No os pido que repareis vuestra conducta, sino que la expliqueis. No solicito un nombre, sino un informe. He estado engañado hasta ahora sobre mi nacimiento; quiero saber por qué. Habladme sin rodeos: soy hombre, y conozco la vida. Dignaos contestarme: ¿qué hacia mi madre cuando la conocisteis?

DOV. Trabajar.

EDUAR. ¿Para vivir? ¡Nada mas honroso! ¿Tenia alguien derecho á dudar de ella?

DOV. No.

EDUAR. ¿Y la amabais?

DOV. La amaba.

EDUAR. ¿Y conquistasteis su cariño ofreciéndola que seriais su su esposo?

DOV. Cuando le hice esa promesa creia poderla cumplir. Pero los acontecimientos son mas poderosos que la voluntad. Mi posicion, mi familia... descalabros de fortuna que me hicieron aun mas esclavo de la voluntad de mi madre... necesidades sociales, en fin...

EDUAR. ¿Le anunciasteis francamente á mi madre el motivo de aquella separacion?

DOV. No: la dije únicamente que me ausentaba de Francia, porque hay cosas que no tiene uno valor de confesar á la mujer que se conduce honradamente. Tuve miedo de las lágrimas, de las recriminaciones... Y en fin... ¿Qué quereis? Era jóven: ese desenlace debia preveerse. Bien quisiera reparar tamaña desgracia... ¿Pero cómo? Soy casado, no puedo revelarle la verdad á mi esposa. Interrogad los sentimientos que os condujeron á mi casa hace poco; vereis que no tenian nada de filiales. Y es porque la familia es mas que un vínculo de sangre, es una costumbre del corazon, que no se recobra cuando, por un acontecimiento cualquiera, se ha perdido despues de veinte años.

EDUAR. Es verdad. El primer sentimiento que me habeis inspipirado, no ha sido un sentimiento de amor; ¿pero de quién es la culpa? Sea en buen hora: acepto el frio razonamiento de vuestra edad: me someto á la necesidad de los sucesos, y no os pido nada de lo que un hijo puede pedir á su padre. Pero, ¿lo que no hubierais hecho por un hijo natural, que no conoceis, no lo hareis

ahora por aquel cuyo padre os es conocido?

DOV. ¿Qué decis?

EDUAR. Supongamos que, como me lo aconsejaba mi madre, apele á vuestro corazon, que es bueno, segun ella; que reduzca las ambiciones de mi porvenir á la sola satisfaccion de mi amor, y que me limite á pediros la mano de vuestra sobrina. ¿Me la concedereis?

DOV. Sin duda que por mi parte... ¿pero cómo hacer? No soy el solo que puede disponer de Herminia. Mi madre es tambien tutora, hay ademas todo un consejo de familia. Seria imposible ocultar la irregularidad de vuestro nacimiento... Se diria que yo procuraba dar un lugar en mi casa á la mujer á quien he rehusado el título de esposa; que no habiendo querido reconocer antes un hijo, lo caso con mi sobrina, para entregarle la herencia que le dejó mi hermano; se murmuraria de vos, de vuestra madre...

EDUAR. Es decir, que mi vida está emponzoñada, mi porvenir perdido, mi corazon condenado á sufrir por una falta, que no es mia, que es solo vuestra, y de la cual haceis pesar sobre mí todas las consecuencias, con la fria lógica del egoismo social. ¡Oh!... ¿Sabeis que vuestras deducciones podrian conducirnos á la ruina de las leyes naturales mas sagradas?

DOV. ¿De qué modo?

EDUAR. ¿Quién me mostrará el lugar de vuestro razonamiento, donde la sociedad acaba, donde la naturaleza empieza? Pues que el mundo no sabe, pues que no debe saber que soy hijo vuestro, no vé en nosotros mas que dos hombres extraños el uno al otro. Ahora bien: supongamos que sigo la lógica de mi situacion, como vos seguis la de la vuestra, y os pido cuentas, no como un hijo á su padre, sino como un hombre á otro hombre, de la deshonra de mi madre, ¿qué me respoderiais?

ESCENA V.

DICHOS *y* CLARA, *que ha aparecido á las últimas palabras.*

CLARA. ¡Eduardo!

EDUAR. No temais, madre mia: no hacemos mas que discutir un principio de lógica, el señor y yo.

DOV. Pues bien: responderia siempre lógicamente, que habeis perdido el derecho de hablarme asi, aceptando desde hace tiempo una situacion, sobre la cual mi delicadeza no me ha permitido ocuparme. Me obligais á daros razones terminantes y os las doy.

EDUAR. Responded á ese insulto, madre mia, yo no puedo hacerlo.

CLARA. (*Con dignidad.*) Sea. Monsieur Dovigny alza ante tus ojos el velo del pasado: quisiera, para excusarse, llegar hasta el extremo de conseguir que acusaras á tu madre; y para eso llama en su auxilio una suposicion infame. (*Dirigiéndose á Dovigny. Pausa.*) No habreis olvidado lo que sucedió hace veinte años... cuando vuestra madre, una hora despues de nuestra última entrevista, mandó que sus criados echasen de su casa la madre de vuestro hijo. La cólera y el dolor habian trastornado mi cabeza. Hice pedazos los documentos que contenian la limosna que me habiais dado, y los arrojé á los pies de la orgullosa Marquesa. Volví á mi casa casi muerta, desesperada, sin recursos. ¡Yo os amaba ciegamente!.. tanto, que si en vez de mentir, me hubieseis confesado la verdad, acaso me habria resignado. (*Enjuga una tágrima.*)

EDUAR. (*Con cariño.*) Continuad.

CLARA. Despues de aquella escena terrible, caí gravemente enferma. Un jóven... (*A Eduardo.*) que tendria la edad que tú cuentas ahora, me cuidó como un hermano á su hermana. No tenia parientes, ni amigos, y se hallaba herido de una enfermedad que limitaba su existencia á algunos meses de fiebre y de insomnios. Yo, que acababa de perder todas mis eperanzas en un dia, y que no tenia á nadie en el mundo á quien referir mis penas sino á tí, demasiado niño para comprenderlas, sentí cierta ternura, cierta afeccion, una especie de amor maternal hácia aquel infeliz. Emprendí la empresa de salvarlo... ¡Cuidado inútil! Espiró creyendo en la vida, última esperanza que Dios acuerda á menudo á los que van á morir. Se abrió su testamento, y en él nos legaba toda su fortuna, que acepté por ambicion por tí, y como una recompensa del destino. Compré la hacienda de Tournel y me retiré á ella contigo. Las gentes del pais me dieron el nombre de esas tierras, sin

que yo me lo hubiese apropiado, si bien es cierto que lo adopté despues para tí. Dije que era viuda, y que tu padre habia muerto, siendo tú aun muy niño. Es el solo engaño de que soy culpable, y Dios sabe con cuan buena intencion lo he cometido. (*Breve pausa.*)

EDUAR. ¿Es eso todo, madre mia?

CLARA. Si.

EDUAR. (*A Dovigny.*) Perdonadme las palabras que me he permitido dirigiros. Estais en vuestro derecho negándome la mano de vuestra sobrina (*Movimiento de Dovigny.*) y ahora... podeis retiraos cuando gusteis. No creo que tengamos nada mas que decirnos. (*Dovigny algo conmovido, escita un momento de una manera casi imperceptible, y en seguida saluda ligeramente y váse.*)

ESCENA VI.

EDUARDO *y* CLARA.

EDUAR. (*Tan luego como han quedado solos.*) ¡Oh!.. (*Con dolor, y cogiendo el sombrero para marcharse.*)

CLARA. ¿Adónde vas? (*Colocándose delante de la puerta.*)

EDUAR. No lo sé.

CLARA. ¡Tú dudas de mí!

EDUAR. No: creo que habeis dicho la verdad, creo que no teneis nada porque reconveniros... ¡pero soy muy desgraciado!

CLARA. ¡Hjo mio!

EDUAR. Veo á mi pesar que mi padre puede disculparse fundadamente ante vos, ante mí, ante el mundo entero.

CLARA. ¿Por qué?

EDUAR. Porque la intervencion inmediata de un extraño en vuestro abandono y vuestra pena, la influencia de ese bienhechor en todo vuestro porvenir, libra á monsieur Dovigny de los remordimientos que tanto deseaba desechar. . y nadie se atreverá á reconvenirle. En cuanto á mí ¿cómo podré vivir en adelante? Siempre creeré oir á mi alrededor—«ese que veis ahí lleva un nombre que no es suyo, se llama simplemente Eduardo: nadie conoce á su padre... ¡y sin embargo es rico! Su fortuna la ha heredado de un jóven enfermo, que dominado por la madre de Eduardo, le dejó á su muerte todo cuanto

poseia.

CLARA. ¡Eduardo!

EDUAR. ¡Hé ahí lo que las gentes han debido ya decir durante veinte años!

CLARA. ¡Yo era una pobre criatura, sin instruccion, sin el conocimiento del mundo, te adoraba, hijo mio!..

EDUAR. Mejor hubiera sido aceptar la limosna de mi padre, que el don de un extraño; aunque no hubieseis podido darme mas que pan y agua por todo alimento; (*Jacinto aparece, y se detiene á escuchar.*) revelarme mas tarde la verdad, y hacer de mí un oscuro artesano, sin mas ambicion que su trabajo, sin mas educacion que la del respeto á su madre y la honradez de su vida!..

JAC. ¡Ingrato!

ESCENA VII.

DICHOS, *y* JACINTO.

EDUAR. ¡Eh! (*Volviéndose con arrogancia.*)

JAC. ¡Oh!.. no creas que vas á intimidarme. Repito que el hombre que se atreve á reconvenir á su madre, es un ingrato. ¡No me contestes ni hagas ningun movimiento, porque por vida de mi nombre!.. (*Calmándose.*) Vamos... anda y abraza á tu madre, mala cabeza.

EDUAR. (*Postrándose á los piés de Clara.*) ¡Ah!.. Si, teneis razon: ¡soy un ingrato!.. ¡un miserable!

CLARA. ¡Hijo mio! (*Se sienta en un sillon que tiene al lado, al mismo tiempo que ha ido á inclinarse para levantar á su hijo. Este queda tambien sentado en un taburete que se halla á los piés del sillon, y conserva entre las suyas las manos de Clara.*)

EDUAR. (*Tendiendo su mano á Jacinto, y dirigiéndose á su madre.*) Perdóname, perdóname madre mia.

CLARA. Si: te comprendo y te perdono.

EDUAR. He tenido un momento de delirio... ¡Estaba tan poco preparado á recibir esta noticia!.. Pero he vuelto á recobrar mi razon, y necesito de toda tu indulgencia para no morir de remordimientos. Olvida mis palabras: yo te probaré que aun soy digno de tí.—¿No es verdad que ese hombre ha estado muy cruel conmigo? ¡Un padre!.. Quizás haya yo tenido la culpa. Me parece, sin embar-

go, que una palabra suya me hubiera bastado para sentir por él el amor de veinte años. Pero cuando me dijo, con aquella tranquilidad, que nunca habia tenido hijos; cuando me ví tan fácilmente rayado de su vida, sentí una sensacion inexplicable, y un frio de hielo en el corazon. En fin, qué hemos de hacer? parece que la vida está sujeta á estas pruebas. Me queda la conciencia de que soy un hombre honrado, y me queda tu cariño, ¿no es cierto? (*Besándole la mano á Clara.*)

JAC. ¿Y el mio, no cuenta por nada? ¿Y el de la señorita Herminia?..

EDUAR. Si; tal vez... pero no confiemos aun demasiado. Herminia no es libre... ignora ademas las circunstancias... Mas vale preveerlo todo. Por de pronto, debemos ausentarnos; viviremos en el campo, y veremos lo que el tiempo decidirá. (*A Clara*) ¿Te agrada mi proyecto?

CLARA. ¿Me lo preguntas?..

EDUAR. Hay otros seres que sufren mas que nosotros: nos consolaremos haciéndoles el bien. (*Llaman á la puerta.*)

JAC. Adelante (*Aduardo se pone de pié.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *y el* MARQUES.

MARQUES. (*A Jacinto.*) Monsieur de Tournel. (*Clara se levanta.*)

EDUAR. (*Adelantándose.*) Héme aqui.

MARQUES. Estoy encargado de entragaros esta carta. (*Se la dá.*)

EDUAR. (*Leyendo.*) «Caballero, podeis confiar sin ningun temor al señor marqués de Monrose, mi tio, los papeles de que habeis tenido la bondad de encargaros en mi nombre. Siento tener que ausentarme sin haber podido daros yo misma las gracias. Os ruego que acepteis la expresion de mi reconocimiento y de mi estimacion.—Enriqueta Dovigny.»—(*Al Marqués dándole unos papeles.*) Hé aquí esos papeles, caballero. Tened la bondad de escusarme con vuestra sobrina por no haberme sido posible entregárselos tan luego como los recogí. (*En este momento le devuelve tambien la carta de Enriqueta. Este rasgo de delicadeza debe hacerse notar bien distintamente.*)

MARQUES. ¿Quereis darme vuestra mano, caballero?

EDUAR. Con el mayor gusto. (*Se la da.*)

MARQUES. Hasta la vista, amigo mio.

EDUAR. Hasta la vista.

MARQUES. (*A Clara.*) Podeis estar orgullosa de vuestro hijo, señora: es un hombre de honor. Tenia una venganza entre sus manos, y ni siquiera ha pensado en ella.

CLARA. (*Al Marqués.*) Gracias... mil gracias. (*El Marqués saluda como para retirarse.*)

EDUAR. Perdonad, señor Marqués; pero pues que parece que os interesais por mí, ¿me permitis que os haga una pregunta?

MARQUES. Sin duda.

EDUAR. ¿Sabeis lo que ha pasado entre monsieur Dovigny y yo?

MARQUES. Si.

EDUAR. ¿Y madama Dovigny?

MARQUES. Sabe únicamente que vuestro enlace no se verificará; pero no conoce el motivo.

EDUAR. ¿Y la señorita Herminia?

MARQUES. Ha recibido órden de no volver á pensar en vos, sin mas explicaciones.

EDUAR. Entonces...

MARQUES. Entonces ella ha querido conocer los motivos y la razon de esa órden, y como se han negado á decírselos, ya conoceis su carácter, se dispuso á venir á preguntárselos ella misma á vuestra madre.

EDUAR. ¿Y?..

MARQUES. Y como mi hermana no ha juzgado conveniente este paso, se lo ha impedido; y para no tener que impedírselo de nuevo, la manda otra vez al convento.

EDUAR. ¿Hasta?..

MARQUES. Hasta que sea mayor de edad.

EDUAR. Gracias, caballero.

MARQUES. Señora... (*Los saluda y váse.*)

EDUAR. (*A Jacinto, entre triste y alegre, cuando se ha marchado el Marqués.*) Y bien, padrino; hé aqui lo que se llama un dia de prueba.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

En casa del Marqués de Monrose.

ESCENA PRIMERA.

El MARQUES, JACINTO.

MARQUES. ¿Conque tendreis la bondad de hacer eso por mí?—¿Estais bien enterado?

JAC. Perfectamente. Sé que durante mi residencia en Paris me habeis convidado á pasar un dia de campo, y que deseais que extienda una escritura de arriendo. Hace un año nos encontramos por la primera vez, y desde que os ví tratar á Eduardo con tanta deferencia, me puse á vuestras órdenes. Hoy me dais trabajo ademas del convite, es un doble obsequio que os agradezco en el alma.

MARQUES. Me gustan los hombres francos, por eso simpaticé al punto con vos. Lo que siento es que no hayais traido á la señora: es verdad que soy un solteron... pero he llegado ya á la vejez, amigo mio.

JAC. Victoria no vá á ninguna parte, á causa de los hijos.

MARQUES. ¿Cuántos teneis?

JAC. Nueve: el número de las musas.

MARQUES. ¿Son hembras?

JAC. Todos varones. Lástima que no sea yo prusiano, porque pronto tendria la medalla.

MARQUES. ¿Qué medalla?

JAC. En Prusia el padre que llega á la docena, recibe una medalla del rey; y francamente, creo que la merece con justicia.

MARQUES. ¿Qué edad tiene el mas pequeño?

JAC. Un mes.

MARQUES. Entonces la señora no estará fuerte todavia.

JAC. No la conoceis: hace quince dias que corre como si no hubiera pasado nada, y ya está dispuesta á lo que venga... ¡Dios me libre!

MARQUES. ¿No sois feliz con tantos hijos?

JAC. ¡Oh! eso si, señor Marqués. El mayor tiene diez y nueve años, y vino al mundo nueve meses contados dia por dia despues del de mi boda. La naturaleza quiere que el hombre tenga muchos hijos, que los eduque bien para que sean útiles, y que los ame para que sean dichosos. Casarse en la juventud, elegir en cualquiera clase que sea una buena muchacha franca y leal, quererla entrañablemente, hacer de ella una compañera fiel y una madre fecunda, trabajar para educar los hijos y dejarles al morir el ejemplo de una vida sin mancha, eso es la verdad, y lo demas es crímen ó locura.

MARQUES. Sois un gran filósofo.

JAC. He tenido un buen padre, disfruto de buena salud y tengo una mujer virtuosa; eso es todo. Con estas ideas eduqué á Eduardo, á quien casi he servido de padre; asi es que en cuanto vió á vuestra sobrina se enamoró de ella.—Por último, hay tambien la categoria de los hombres como vos, señor Marqués, que sin haberse casado y sin haber tenido hijos, son útiles á los hijos de los otros: estas personas deben ser queridas como os quiero yo desde que os conozco... Y sin otra cosa, voy á hacer la escritura.

MARQUES. Confio en vos.

JAC. ¿Se come á las seis?

MARQUES. En punto.

JAC. Tendré apetito, os lo advierto. La regularidad de las comidas es otra cosa importante en la vida... El apetito es la conciencia del cuerpo.

MARQUES. ¿Vendrá á comer con nosotros Eduardo?

JAC. No lo ha podido asegurar: partirá acaso esta tarde; pero siempre recibireis su visita. Hasta luego.

MARQUES. Hasta luego.

(*Entra Cárlos Dovigny en el momento en que sale Jacinto.*)

ESCENA II.

MARQUES, CARLOS DOVIGNY.

DOV. ¡Calle! Yo conozco esa cara. ¿Quién es ese caballero?

MARQUES. Mi notario.

DOV. Creo haberle visto en alguna parte...

MARQUES. Has debido verle. ¿Comes con nosotros?

DOV. Sí, sí, con la Marquesa, mi mujer y mi sobrina: habreis recibido mi carta.

MARQUES. Con efecto, y he convidado ademas á varias personas para festejar tu regreso, pues hace cerca de un año que no nos hemos visto. ¿Has hecho un buen viaje?

DOV. Magnífico, y muy provechoso para Enriqueta. El golfo de Nápoles es soberbio. ¿Y durante ese tiempo qué habeis hecho vos?

MARQUES. Siempre lo mismo. A mis años nada nuevo se emprende. La cámara, algunos trabajos de comisiones, un paseo á caballo ó en carruaje, la casa, mis libros, dos ó tres amigos á toda prueba... ni mas ni menos.

DOV. Pues yo, querido tio, traigo ideas nuevas, y vengo á comunicároslas y á pediros vuestros consejos.

MARQUES. ¡Ah!.. te escucho.

DOV. He dejado los negocios desde hace seis meses.

MARQUES. ¿Iban mal?

DOV. Al contrario, no podian ir mejor; pero pude realizar una buena ganancia... y vendí mi parte.

MARQUES. ¿Lo deseaba tu madre?

DOV. Sí.

MARQUES. Entonces no digo nada. Siempre has hecho su gusto.

DOV. ¡Es una señora muy sensata!..

MARQUES. ¡Mucho!

DOV. En fin, vendí mi parte. ¿Hice mal?

MARQUES. No por cierto.

DOV. Me encuentro libre, pues, y se me ha ocurrido una idea... una idea de ambicion.

MARQUES. ¿Esas tenemos?

DOV. Pero es de esa ambicion que nace en el hombre, cuando se halla entre los cuarenta y cincuenta años, y que vie-

ne á asaltarle principalmente en los viajes. Un hombre de mi edad debe ser por lo menos miembro del consejo provincial, y estar condecorado.

MARQUES. ¡Ah! ¡Ya caigo!.. Quieres que la guardia nacional asista á tu entierro.

DOV. Veo tantos necios en alta posicion...

MARQUES. Que te crees con tanto derecho como ellos... No te equivocas.

DOV. Me habeis comprendido.

MARQUES. Perfectamente.

DOV. No hay mas que un camino para aspirar á algo en el dia y es el puesto de diputado. Tengo una posicion honrosa, bastante fortuna y amigos en la provincia; aprovecharé en mi favor la influencia que he empleado hasta aqui para los demas.

MARQUES. Amigo mio, tu idea es luminosa; sé un hombre político... eso á nadie puede hacer daño. ¿Quién te ha dado ese consejo?

DOV. Mi madre.

MARQUES. ¡Muy bien!

DOV. Y cuento conque me ayudareis, recomendándome al ministro, con quien estais en relaciones íntimas.

MARQUES. Enhorabuena; te presentaré á su secretario, que tiene mucha influencia con él, y que llegará aqui dentro de un instante.

DOV. ¡Buena ocasion! Lo restante solo depende de vos.

MARQUES. ¿Aun falta algo?

DOV. Si; pero quiero una respuesta categórica.

MARQUES. Veamos lo que es.

DOV. Cosa muy sencilla. Solo vos poseeis el título y el nombre de vuestros abuelos maternos: como sois soltero y no pensais casaros, el título y el nombre morirán con vos, lo que no es justo, y bastará que digais una palabra para que se queden en la familia...

MARQUES. ¿Cómo?

DOV. Adoptadme; no teneis ningun hijo...

MARQUES. Ni tú tampoco.

DOV. Pero yo estoy casado.

MARQUES. Y tu mujer es jóven aun; no se sabe lo que puede suceder... ¡buena idea, amigo mio! pero hace veinte años que la tuvo tu madre, y recuerdo que me rompió la cabeza con ella en la época de tu casamiento.

DOV. ¿Y rehusásteis?

MARQUES. Ya lo has debido notar.

DOV. ¿Y hoy?..

MARQUES. Sigo lo mismo.

DOV. ¿Me creeis indigno de llevar vuestro nombre?

MARQUES. No; pero ya tienes uno, que es el de tu padre, y no es malo... «Dovigny»... consérvale; yo conservaré el mio. Si no tuvieras ninguno, si fueras, verbi gracia, como tu hijo, no digo que no... y sin embargo, bien le negaste tu nombre cuando fué á pedírtele.

DOV. Mi hijo no me lo pidió: y luego es muy distinto... Pero ya que me hablais de esa historia...

MARQUES. Á tu edad, lo mismo que á la mia, sabe uno lo que se hace, y si no te casaste con la madre de tu hijo, si no reconociste á este, y si no le has querido dar la mano de tu sobrina, sin duda ha sido por razones muy poderosas...

DOV. Con efecto.

MARQUES. Me agradaria saberlas.

DOV. Vamos, tio, me vais á echar un sermon de moral, despues de la vida que habeis llevado?

MARQUES. Yo no he comprometido nunca á una mujer, ni he deshonrado á una jóven. Por fortuna he tropezado con personas que habian tomado sus precauciones antes de conocerme. Mis amores no han salido nunca de la esfera ordinaria, y si hubiese estado en tu lugar...

DOV. Habriais hecho lo que yo.

MARQUES. No por cierto.

DOV. No os habriais casado con una obrera, cuya madre era obrera tambien, el padre jornalero, y la tia sirvienta. Nadie hace semejantes enlaces.

MARQUES. Pero se reconocen los hijos.

DOV. Tampoco. Nadie carga toda su vida con el peso de una falta de la juventud. Se asegura la subsistencia del hijo, como lo hice yo—no es culpa mia que su madre no quisiera aceptar,—y aun esto lo hacen pocos: pero luego, cuando no se ha oido hablar de ese hijo en veintitres años, cuando se ignora si existe siquiera, y apenas si uno lo recuerda, cuando lleva otro nombre que el de su madre, ¿quién es él para venir á provocar á un hombra casado y pedir su reconocimiento? Si fuera un desgraciado, pase...—pero es mas rico que yo.

MARQUES. Si hubiera sido un pordiosero le habriais concedido seiscientos francos de renta, y quizá otro tanto á la madre; pero no necesitaba mas que un nombre... Tú, segun parece, invocaste la sociedad y la moral... habria querido verte entonces... y para salir de tu apuro, tuviste valor de querer hacer creer á tu hijo que su madre habia tenido un amante, cuando te constaba lo contrario!

DOV. Se puede apostar uno contra ciento...

MARQUES. Mientes... Pero en todo caso no eras tú quien debia apostar, sobre todo contra tu hijo... Y cuando su madre se explicó delante de tí... pudistes y debistes retractarte de lo que habias asegurado. Pero admitiendo que hayastenido razones poderosas para no ocuparte antes de tu hijo, desde hace un año tu silencio no tiene perdon de Dios.

DOV. ¿Cómo estais enterado de tantos pormenores?

MARQUES. El cómo no te importa... lo cierto es que has cometido una infamia; y si no te remuerde la conciencia, tanto mejor para tí; no hablemos mas del asunto. Asi como asi, no has venido para esto. Quieres ser diputado, quieres ser hombre político... no te lo impido... arréglate con los gobernantes; pero en cuanto á darte mi título y mi nombre, es muy diferente... Cada cual tiene sus razones: yo no te declaro las mias; pero sí te diré que son de mucho peso. Y ahora, hijo mio, sigue queriendo mucho á tu madre; no la des ningun pesar, y siempre vivirás feliz, yo te lo aseguro. Supongo que no desearás que te abrace despues de este discurso... Es inútil, no necesitamos abrazos para querernos. (*A la Marquesa, que entra con Herminia y Enriqueta Dovigny.*) Buenos dias, hermana.

ESCENA III.

LOS MISMOS, *la* MARQUESA, ENRIQUETA, HERMINIA.

MARQ. Felices, amigo mio.

MARQUES. Adios, Enriqueta. (*A Herminia.*) ¿Conque te han sacado hoy del convento?

HERM. Para celebrar vuestro cumpleaños. (*Abrazándole.*) Que los tengais muy felices.

MARQUES. Gracias, hija mia... ¡Pero qué bien te sienta el convento!... Engordas, has crecido...

HERM. Soy tres dedos mas alta, y he engruesado en efecto un poco. Se pasa muy bien la vida en el convento.

MARQUES. ¿Te gusta vivir allí?

HERM. (*Dejando su sombrero encima de un mueble.*) Mucho.

MARQ. (*A Dovigny.*) ¿Qué hay?

DOV. Se ha negado á todo.

MARQ. ¿Resueltamente?

DOV. Ni mas ni menos.

MARQ. Yo le decidiré.

MARQUES. (*Ap. á Enriqueta.*) ¿Ni una palabra de monsieur de Tournel?

ENR. Ni una sílaba.

MARQUES. ¿A vos tampoco?...

ENR. Nada.

MARQUES. ¿Qué os ha dicho la directora del convento?

ENR. Que Herminia come, bebe, duerme, habla y rie con sus compañeras lo mismo que en otro tiempo.

MARQUES. ¿Y no la habeis interrogado?

ENR. No. Si Herminia tuviera ánimo de responder francamente á mis preguntas, me quiere lo bastante para declararse á mí sin necesidad de interrogarla. Respeto su secreto, si es que lo hay, tanto mas, cuanto que nada puedo en su favor.

HERM. (*Acercándose al Marqués.*) Tio, ¿puedo leer este libro? ¿No hay en él nada malo para una jóven?

MARQUES. Nada... Ademas está en inglés...

HERM. Sé el inglés: le he aprendido este año.

MARQUES. Entonces lee lo que quieras... ó lo que puedas. (*Herminia se sienta en un extremo del teatro, y aparenta que lee atentamente.*)

ENR. Ya veis.

MARQUES. Si; un año de convento cambia á una muchacha.

ENR. No es ella de las que cambian en un año.

MARQ. ¡Hermano mio!

MARQUES. ¡Querida hermana!

MARQ. ¿Tratais de cosas reservadas con Enriqueta?

MARQUES. Si.

MARQ. Pues esperaré. ¿No pasará mi turno?

MARQUES. No. (*A Enriqueta.*) ¿Y Herminia sigue ignorando por qué no se ha efectuado su matrimonio?

ENR. Seguramente.

MARQUES. ¿Pero conoceis la causa del rompimiento?

ENR. La Marquesa me dijo que monsieur de Tournel no habia podido justificar la posicion que se le suponia, y que ademas él comprendió tambien que no podia aspirar á tal enlace.

MARQUES. ¿Y Dovigny, nada os ha dicho?

ENR. Nada; confirmó lo resuelto por su madre.

MARQUES. Pues yo os lo descubriré todo porque debeis saberlo... Esas gentes son demasiado egoistas; y cuando esteis al corriente de lo que ha pasado, me ayudareis á hacer la boda, si es que los dos jóvenes se aman aun.

ENR. Lo cierto es que monsieur de Tournel se ha conducido conmigo caballerosamente.

MARQ. ¿Y mi turno?

MARQUES. Allá voy: ¿tanto os fastidia la compañia de vuestro hijo? (*A Enriqueta.*) ¿Y qué tal vuestro viaje?

HERM. Tio, ¿sabeis inglés?

MARQUES. Si.

HERM. ¿Qué quiere decir esta palabra: «*stideness*?»

MARQUES. Perseverancia.

HERM. Gracias.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, EDUARDO.

MARQUES. (*A la Marquesa, viendo que llega Eduardo.*) Reservad para luego lo que teneis que decirme, pues empiezan á llegar mis convidados: por fortuna pasais el dia con nosotros... (*Presentando á Eduardo.*) Eduardo Derval. (*Presentando á Enriqueta y á la Marquesa.*) Mi hermana, marquesa de Monrose. ¿No os acompaña vuestra madre?

EDUAR. No, señor Marqués. Ya sabeis que mi madre sale muy poco, y hoy está ocupada en mis preparativos de viaje.

MARQUES. ¿De modo que os marchais positivamente?

EDUAR. Esta tarde.

MARQ. ¿Qué significa esta burla? ¿No es ese el hijo de Clara Derval?

DOV. Si. Y no comprendo!..

MARQUES. (*Presentando su sobrino á Eduardo.*) Mi sobrino... Cárlos Dovigny...

EDUAR. (*Saludando.*) Ya he tenido el honor de encontrarme otra vez con este caballero.

MARQUES. La señora de Dovigny. (*Eduardo saluda muy respetuosamente.*)

ENR. Hace un instante preguntaba por vos, aunque no os conocia bajo el nombre conque os acaban de presentar.

EDUAR. Por eso he deseado ser presentado de nuevo: aquel nombre no me pertenecia, y debí dejarle para recobrar el verdadero.

ENR. Sea este el que fuere, caballero, es el de un hombre á quien estimo, y os lo declaro con gusto.

EDUAR. Mil gracias, señora.

MARQ. (*A sí misma.*) ¿Qué significa todo esto?

EDUAR. (*Yendo á Herminia y dándole la mano.*) Buenos dias, Herminia.

HERM. Buenos dias, Eduardo: ¿no habeis dudado de mí? (*Apretándole la mano con resolucion.*)

EDUAR. Ni un solo instante.

HERM. Ni yo de vos.

MARQ. ¿Perdeis el juicio, Herminia!

HERM. No, seguramente.

MARQ. Entonces, ¿qué explicaciones son esas con este caballero?

HERM. (*Con naturalidad.*) Muy naturales. Este caballero y yo, nos amábamos el año pasado, nos lo dijimos, y le juré que seria su esposa, como él me juró que seria mi marido. Os opusisteis á nuestro matrimonio sin decirme por qué, y debí respetar vuestra voluntad, puesto que era menor... Ademas teneis mas años que yo, mas esperiencia, y podia haberme engañado. Pero entre personas como Eduardo y yo, la palabra es sagrada... Al cabo de un año de una separacion forzosa, nos venimos á encontrar en casa de mi tio, vuestro hermano, que recibe á Eduardo como un amigo, lo que me prueba que sigue mereciendo su estimacion, y nos damos francamente la mano delante de todo el mundo, sin esperar la ocasion de hablarnos á escondidas... Ya teneis explicada mi conducta.

MARQ. ¿Y cuáles son hoy vuestros proyectos?

HERM. Casarme con Eduardo Derval, á quien amo siempre, como antes queria dar mi mano á monsieur de Tournel: el hombre es el mismo, aunque el nombre sea otro.

MARQ. ¿Y cuándo serán las bodas?

HERM. Cuando ya no podais impedirlas.

MARQ. Está muy bien: ¿pero hasta entonces?..

HERM. Podeis volverme otra vez al convento, pues sin duda os seria desagradable tener siempre á la vista una niña desobediente: por mi parte deseo estar allí, hasta los veintitres años, para aprender muchas cosas útiles que ignoro todavia.

MARQ. Inmediatamente; no debeis permanecer aqui mas tiempo.

HERM. Estoy á vuestras órdenes.

MARQ. (*Coge el sombrero.*) Vamos.

HERM. Vamos.

ENR. Permitid...

MARQ. Nada teneis que ver en esto.

DOV. Madre mia...

MARQ. En mi casa me hallareis si quereis hablarme. (*Al Marqués.*) En cuanto á vos, os juro que no me vereis mas en la vuestra; y no hubiera venido hoy si hubiese podido prever la compañia que me preparabais.

MARQUES. Como gusteis, mi querida hermana; pero no habeis hallado en mi casa mas que personas á quienes estimo como se merecen.

MARQ. Vamos, Herminia.

HERM. Allá voy. Hasta la vista, Eduardo.

EDUAR. Hasta la vista, Herminia.

DOV. (*A Eduardo.*) Tengo que hablaros.

EDUAR. Cuando querais.

MARQUES. (*A Enriqueta.*) Estos señores tienen que hablar segun parece; conque vamos á dar una vuelta por el jardin: os contaré una historia y os comunicaré una idea.

ENR. No acierto quién tiene la razon en lo que acaba de suceder.

MARQUES. Todos; ¡en eso está la dificultad! (*Salen.*)

ESCENA V.

EDUARDO, CARLOS DOVIGNY.

DOV. ¿Qué es lo que pretendeis?

EDUAR. ¡Yo! Nada.

DOV. Vuestra presencia en esta casa el dia que vuelvo á ella despues de mi viaje, prueba sin embargo que teneis

algun fin.

EDUAR. Estais equivocado. He venido á despedirme del señor Marqués, porque hoy me marcho; y no solo ignoraba que estuvierais en su casa, sino que nada sabia tampoco de vuestro viaje ni de vuestro regreso. Os confesaré que si hubiese podido presumir que iba á hallaros á vos y á vuestra señora madre, no habria admitido el convite del Marqués. Pero él ignoraba como yo sin duda que ibais á llegar, y es por tanto la casualidad quien nos ha reunido de nuevo.

EOV. ¿Teneis segun parece mucha amistad con mi tio?

EDUAR. La que puede tener un hombre de mi edad con otro de la suya. Una circunstancia fortuita estrechó nuestras relaciones el año pasado, una hora despues que os hube conocido. El Marqués me cobró mucha amistad, quiso serme útil, lo logró, y yo se lo agradezco con un afecto firme y leal; mi naturaleza quiere que yo me apasione fácilmente. Desde hace medio año estamos ademas en negocios, y con frecuencia tengo que trasmitirle comunicaciones de parte del ministro, de quien soy secretario.

DOV. ¡Cómo! ¿Sois vos el secretario del ministro?

EDUAR. Si.

DOV. ¿Debeis esa posicion al Marqués?

EDUAR. En efecto: y la debo tambien á un informe que le dirigí sobre la cuestion que se agita en Oriente. El ministro la leyó, quiso conocerme. El Marqués me presentó á él y hasta le contó mi historia, nombrando solo las personas que debia nombrar. El ministro, muy benévolo, me preguntó si queria ser su secretario, acepté, y creo que le soy útil.

DOV. Vuestras ideas han ganado mucho en un año.

EDUAR. Tengo las ideas de un hombre que ha padecido extraordinariamente en poco tiempo. Hubo un instante en que dudé de la vida y dí entrada en mi corazon á la cólera y al ódio... Pero los sentimientos verdaderos de mi naturaleza recobraron su imperio, y soy lo que mi madre quiso que fuera. Con frecuencia un dolor, una desgracia injusta, dan al hombre una energia que no habia hallado en la felicidad, y le proporcionan una superioridad que no habria podido prometerse en una vida dichosa. Yo no soy un hombre superior, pero principio á ser un hombre útil, y lo debo á los sucesos imprevistos

del año último. Sirvo á mi pais sinceramente, siguiendo en esto mi inclinacion, pues carezco de ambiciones, y comprendo que no puedo tener orgullo: debo la vida á una falta, y la haria yo imperdonable si quisiera ostentarla como un mérito. No la confieso ni la oculto; la acepto como un hecho, y creo que nadie puede echarla en cara ni á mi madre ni á mí, al ver la modestia de nuestra vida. Sin embargo, como Dios es justo, me envia una compensacion en el amor de vuestra sobrina. Ni vos ni vuestra madre quereis que sea mi esposa; enhorabuena; pero la ley me la dará, y de esta manera, si ha herido por un lado mi corazon, le consolará por el otro. Ya veis que no tendria razon para querer mal á nadie, y que he sabido arreglar mi vida convenientemente.

DOV. Eduardo...

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ENRIQUETA.

EDUAR. Llega vuestra esposa y os dejo. (*A Enriqueta tendiéndole la mano.*) ¡Adios, señora!

ENR. ¿Partis?

EDUAR. Vuelvo á Paris, de donde saldré dentro de algunas horas... He venido á despedirme del Marqués, y solo me queda ya tiempo para dar un abrazo á mi madre... Permitidme que os dé nuevas gracias por las simpatias que os he merecido siempre. (*Saluda y váse.*)

ESCENA VII.

ENRIQUETA, DOVIGNY.

ENR. El Marqués me lo ha contado todo... Eduardo Derval es vuestro hijo.

DOV. ¡Cómo! ¿Sabeis?.. Pues bien, si, amiga mia, no os lo ocultaré mas tiempo.

ENR. Quisiera saber por qué me lo habeis ocultado hasta aqui.

DOV. ¿Cuándo he tenido ocasion de decíroslo?

ENR. Antes de nuestro casamiento.

Dov. Vuestra familia me hubiera negado vuestra mano, y...

Enr. ¿Y?..

Dov. Os amaba.

Enr. Si no tuvisteis valor para confesarlo antes de nuestra boda, habrais debido tener discernimiento para hacerlo despues, cuando ya no podiamos hallar ningun obstáculo... Yo misma hubiera educado á vuestro hijo.

Dov. ¡Imposible!

Enr. ¿Por qué?

Dov. Su madre no lo habria abandonado.

Enr. ¡Es verdad! nunca se piensa en las madres!.. Entonces hubierais debido casaros con ella, lo que quizá habria sido mejor para todos.

Dov. ¡Enriqueta!

Enr. Pero en fin; lo pasado ya no tiene remedio... ¿Cuáles son vuestros proyectos en el dia?

Dov. ¿Qué me aconsejais?

Enr. Que á toda costa salgais de la posicion en que os encontrais, que seria vergonzosa si no fuera ridícula, como acaba de verse en presencia de vuestro hijo... y eso se renovará cuantas veces os halleis juntos.

Dov. No podia decir nada delante de mi madre, y sobre todo delante de Herminia, que debe ignorar estos secretos de familia... ¿No es verdad?

Enr. Sin duda. Pero es preciso ver cómo se casa al instante con vuestro hijo.

Dov. Hallemos el medio; no me opongo.

Enr. ¿Qué clase de mujer es la madre de Eduardo? A juzgar por la educacion que le ha dado, debe ser honrada.

Dov. Si.

Enr. ¿Y entonces que esperais?

Dov. ¿Para qué?

Enr. Para abrazar á vuestro hijo y darle vuestro nombre.

Dov. Espero... porque tengo que esperar... Vos mirais las cosas como una mujer, con vuestro corazon; yo las veo con la razon, como los hombres.

Enr. Pero vuestra razon y aun vuestro egoismo deben aconsejaros que reconozcais á Eduardo y le deis vuestro nombre.

Dov. ¿Es esa vuestra opinion?..

Enr. Seguramente. Lo primero porque es vuestro hijo, y esta es la razon principal... luego no teneis ningun otro

de vuestro matrimonio... y por último, con su carácter, y en esto no se parece á vos, debeis tener entendido que se casará con Herminia, al cumplir esta su mayor edad, que sea vuestro hijo ó no lo sea.

DOV. No lo dudo.

ENR. Habrá escándalo; se sabrá la verdad, se preguntará la gente por qué no habeis reconocido á vuestro hijo... se averiguará su vida... y al ver que es un hombre honrado y de talento, que se ha hecho él solo una posicion brillante, acabarán por decir: «su padre ha obrado con torpeza en no reconocer á un hombre que podia serle útil.»

DOV. ¿Y de qué modo?

ENR. Suponed que Eduardo está reconocido; ¿qué pedirá a ministro para su padre que no lo obtenga?

DOV. Es cierto.

ENR. Sois ambicioso... cumplid con vuestro deber, y Eduardo os protegerá en vuestros intereses.

DOV. Nada mas justo; ¿pero, y despues?

ENR. ¿Despues? ¿Sabeis lo que sucederá si no os decidis al instante?

DOV. No.

ENR. Que otro hará lo que habriais debido hacer; otro reconocerá á vuestro hijo.

DOV. ¿Qué decis? ¿Pero quién?..

ENR. El Marqués.

DOV. ¡Mi tio!... ¡os burlais!

ENR. No me burlo, como no se burlaba él hace un instante! al comunicarme sus intenciones.

DOV. ¿Qué os ha dicho?

ENR. Que si Eduardo no necesita mas que un nombre para casarse con Herminia, le dará el suyo.

DOV. ¡Y es capaz de hacerlo! Pero estoy yo aqui felizmente... Enriqueta, me habeis dado un buen consejo... Eduardo llevará mi nombre... ¿dónde está mi sombrero? (*Al Marqués que sale.*) ¡Ah! ¿sois vos?..

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, *el* MARQUES.

MARQUES. ¿Te sorprende verme en mi casa?

DOV. No, pero pensaba en otra cosa... (*A Enriqueta.*) Tengo que hablar con mi tio. ¿Quereis ir á esperarme en Paris en casa de mi madre? Decidla que me espere antes de llevar á Herminia al convento.

ENR. Adios, tio.

MARQUES. Hasta la vista, hija mia. Esto es hecho, me abandonan todos mis convidados. (*Váse Enriqueta.*)

ESCENA IX.

MARQUES, DOVIGNY.

DOV. Enriqueta acaba de decirme que quereis reconocer á Eduardo.

MARQUES. Si: se me ha ocurrido esa idea hace un instante; le quiero mucho... y al cabo y al fin es de la familia, puesto que es tu hijo. Me ha parecido que era el mejor medio de arreglarlo todo. No tengo las mismas razones que tú...

DOV. Os lo agradezco; pero vuestra idea es inútil.

MARQUES. ¿Por qué?

DOV. Porque yo reconozco á Eduardo.

MARQUES. ¿Y puedes hacerlo?

DOV. Ya lo creo... ¿y lo podeis vos?

MARQUES. Seguramente... pero no es lo mismo...

DOV. Sin duda, como que yo soy el padre.

MARQUES. Mala razon; ya no lo eres, porque el tiempo que prescribe la ley ha pasado.

DOV. Es decir, ¿qué quereis entrar en competencia conmigo?

MARQUES. ¿Por qué no?.. Has tenido veinticinco años de ventaja y no los has aprovechado!.. Yo veo un mozo que me gusta, que nadie reclama, que necesita un nombre... justamente tengo uno que no sé que hacer con él, y la prueba es que me le has pedido y te le he negado... me quedan pocos años de vida, y me conviene tener un hijo que me cierre los ojos...

DOV. Muy bien: pero yo estoy aqui, y la ley me favorece.

MARQUES. La ley está por mí, amigo mio.

DOV. Quisiera convencerme de ello.

MARQUES. (*Viendo salir á Jacinto Fresard.*) En seguida.

ESCENA X.

LOS MISMOS, JACINTO.

MARQUES. Hé aqui un notario que conoce la ley: venid; os necesitamos para juzgar un caso de derecho.

DOV. ¡Jacinto Fresard!

MARQUES. (*Presentando.*) ¡Mi sobrino, Cárlos Dovigny; mi notario, Jacinto Fresard!

JAC. ¿De qué se trata pues? (*Al Marquees.*) Tomad vuestra escritura señor Marqués.

MARQUES. Gracias.

DOV. (*A Jacinto.*) ¿No me reconoceis?

JAC. Me parece, á fé mia, que he tenido ya el gusto de vero antes de ahora.

DOV. Hace tiempo; en casa de...

JAC. En casa de la madre de mi ahijado. ¿Habeis pasado sin novedad estos veinte años?

DOV. Me alegro mucho veros, porque conoceis mejor que nadie todos los pormenores de que tendria que enterar á mi notario, y creo me hareis un servicio que voy á pediros.

JAC. Hablad.

DOV. (*A Jacinto.*) Se trata de mi hijo Eduardo...

JAC. ¡Ah! ¿Eduardo es vuestro hijo? ¿y desde cuándo? No lo era hace un año.

DOV. Pues hoy lo es.

JAC. ¿Por mucho tiempo?

DOV. Por toda la vida.

JAC. ¿Le habeis reconocido?

DOV. No, pero quiero reconocerle. ¿Tengo derecho para ello?

JAC. Si: siempre se puede reconocer á un hijo.

DOV. Ya lo ois, tio.

MARQUES. Adelante.

DOV. ¿Qué formalidades hay que llenar?

JAC. Es preciso reconocerle por medio de un documento auténtico, en la alcaldia, ó ante un notario.

DOV. ¿Quereis ser el notario?

JAC. Con mucho gusto.

DOV. ¿Y eso es todo?

JAC. Todo.

DOV. Ya veis si puede darse cosa mas sencilla. (*Al Marqués.*)

MARQUES. Ahora entro yo. (*A Jacinto.*) Quiero reconocer el hijo de mi sobrino.

JAC. Nada mas fácil; con llenar las mismas formalidades, está todo hecho.

MARQUES. Cuento con vos.

JAC. Estoy á vuestras órdenes.

MARQUES. Ya ves...

DOV. (*A Jacinto.*) ¡Señor mio!...

JAC. Solo se ha tratado de un punto de derecho, y he res-respondido categóricamente, cumpliendo con mis deberes de notario... Ahora, si me consultais sobre los intereses de mi ahijado, los defenderé lo mejor que pueda, cumpliendo con mis deberes de amigo... de modo que por ambos lados os puedo ser útil; (*Tocándose el hombro derecho.*) lado de la amistad, (*Tocándose el hombro izquierdo.*) lado de la ley. ¿Qué quereis, pues, que responda, ó que interrogue? Figuraos que soy una máquina...

DOV. Proponed las preguntas...

JAC. Entrambos quereis reconocer al mismo hombre; caso nuevo. (*A Carlos.*) Principiaré por vos; ¿quereis reconocer un hijo?

DOV. Si.

JAC. ¿Teneis otros hijos?

DOV. No.

JAC. ¿Preferis legitimarle á reconocerle?

DOV. ¿Cómo?

JAC. Casándoos con la madre.

DOV. Estoy casado con otra mujer.

JAC. Entonces no podeis hacer mas que reconocerle. (*Al Marqués.*) ¿Quereis reconocer un hijo?

MARQUES. Si.

JAC. ¿Sois casado?

NARQUES. No.

JAC. ¿Os podriais casar con la madre y legitimar el hijo?

MARQUES. Si.

JAC. Hasta ahora el interés de Eduardo se halla de este lado. (*A Dovigny.*) El reconocimiento puede ser disputado por todos los que tienen interés en él. ¿Se opone vuestra esposa?

DOV. No.

JAC. ¿Teneis otros parientes?

DOV. Mi madre.

JAC. ¿Y se opondria?..

DOV. Sin duda alguna.

AC. ¿Pleitearíais?

DOV. Si.

JAC. ¿Y consentirá el jóven en que su nombre resuene ante los tribunales? Lo ignorais, y como Eduardo no está aqui, yo que soy su amigo, respondo: ¡no! (*Al Marques.*) ¿Teneis vos una madre, un padre, un hijo natural, legítimo ó legitimado, una mujer que pueda oponerse al reconocimiento?

MARQUES. No.

JAC. En ese caso podeis reconocer ó legitimar segun querais, y este caballero no puede. El interés de Eduardo está de vuestra parte.

DOV. Entonces le adoptaré.

JAC. En horabuena; ¿teneis hijos legítimos?

DOV. No.

JAC. ¿Consentirá vuestra esposa en la adopcion?

DOV. Si.

JAC. ¡Habeis cumplído cincuenta años?

DOV. Si.

JAC. Podeis probar que habeis suministrado al adoptado durante su menor edad, seis años cuando menos de socorros y de cuidados no interrumpidos?

DOV. No.

JAC. Entonces la adopcion es imposible.

DOV. ¿Conque un padre no puede reconocer á su hijo?

JAC. Si, el dia de su nacimiento.

MARQUES. Eso es lo mas justo.

JAC. Hay una mas justa aun, señor Marqués, y es no tener hijos mas que de legítimo matrimonio.

DOV. ¿Pero qué ley es esa que da mas facilidades á un extraño para reconocer á un hijo que á su mismo padre?

JAC. Es una ley muy sábia; el padre que quiere dar su nombre á su hijo al cabo de veinticinco años, apenas repara una mala accion; y hace una buena el extraño que da su nombre á una criatura sin padre. Si nadie dice mas... Eduardo queda adjudicado al señor Marqués.

MARQUES. ¿Que te parece?

DOV. (*Despues de una pausa.*) Teneis razon, tio; y si queda

un medio para que Eduardo lleve mi nombre, está en vuestro poder.

MARQUES. ¿Tú has hallado ese medio?... veamos: habla.

DOV. Pienso que el señor notario no se opondrá; es un medio que puede arreglar las cosas á gusto de todos.

JAC. ¡Conciliacion tenemos!... lado de la amistad...

DOV. El único obstáculo para que yo le reconozca es mi madre, (*Al Marques.*) y vos podeis obtener su consentimiento.

MARQUES. ¿De qué manera?

DOV. Adoptadme como ella lo desea, bajo la condicion de que me permita reconocer á Eduardo.

MARQUES. (*A Jacinto.*) ¿Veis algun obstáculo?

JAC. ¿Respondo como amigo ó como notario?

DOV. Como notario.

JAC. No.

MARQUES. (*A Dovigny.*) Eres un bribon afortunado, y al fin acabarás por salirte con la tuya.

DOV. Es por Eduardo.

MARQUES. Consiento... por tu mujer, que merece ser Condesa. (*A Jacinto.*) Al pecador misericordia; quizá amará á su hijo.

JAC. (*Tono de duda.*) ¡Quizá!!..

DOV. No perdamos tiempo; quiero ver á Eduardo antes de que se marche. ¿A qué hora sale?

JAC. A las siete y media.

DOV. Son las siete, despachémonos. Es mas decoroso que Eduardo vaya á desempeñar su comision con el nombre de su padre.—Vamos.

MARQUES. *y* JAC. Vamos.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala sencilla, pero elegante, en casa de Clara.

ESCENA PRIMERA.

La Marquesa *y* Clara.

Marq. Adios querida. Os dejo porque esperais á vuestro hijo, y debe hallaros sola.

Clara. No sé como espresaros mi agradecimiento por esta nueva visita. Tanta bondad de parte... vuestra

Marq. Tiempo hace que nos hubieramos visto, si antes hubiese sabido lo que sé hoy; que mí hijo ha sido solo el culpable. Pero es preciso perdonarle, ahora que sois dichosa y que todo va á arreglarse, si aceptais las estipulaciones convenidas.

Clara. Si tal.

Marq. Unos y otros debemos olvidar lo pasado, y no ocuparnos mas que del porvenir de ese jóven, á quien amaremos á porfia, para reparar nuestras faltas... Todo el mundo las ha cometido, y todos debemos poner un poco de nuestra parte... De la vuestra, es precisa una concesion; pero de esto hablaremos mas tarde. No quiero turbar la alegria que va á causaros el regreso de vuestro hijo. Conque hasta la vista, porque volveré hoy mismo, para regularizar nuestros escritos. ¿Eduardo ignora

todavia lo que hemos convenido en su ausencia?

CLARA. Si: el dia que monsieur Dovigny consintió en el reconocimiento, vino á traernos esa buena noticia una hora despues que Eduardo habia emprendido su viaje.

MARQ. Con efecto; ahora lo recuerdo; y por señas que Cárlos quiso correr en seguimiento de su hijo. Los hombres indecisos son todos asi; tardan en acometer una empresa, pero una vez que se resuelven... Sin embargo, no marchó.

CLARA. La mision que Eduardo llevaba del gobierno era secreta, y á nadie, ni á mí misma, confió á donde iba. Le he ofrecido á monsieur Dovigny, que tan luego como reciba carta de Eduardo, y por consiguiente sepa á dónde contestarle, le escribiré las disposiciones en que está su padre para con él; pero monsieur Dovigny prefiere guardarle para su regreso tan agradable sorpresa.

MARQ. ¿Luego creeis que la sorpresa le será agradable?

CLARA. Estoy segura de ello.

MARQ. ¡Pobre muchacho!.. ¡Cuántas ganas tengo de verle!

CLARA. ¿Y la señorita Herminia?

MARQ. Ignora cuanto pasa, y lo único que sabe, es que consiento en ese matrimonio.

CLARA. Qué buena sois, y con qué gusto abrazaria yo á esa interesante jóven. ¿Dónde podré verla?

MARQ. Luego os la traeré aqui.

CLARA. ¿De veras?

MARQ. ¿No sois la madre del hombre que ella ama?.. y de todas veras: de eso yo respondo. Pero vuestro hijo se lo merece; yo tambien lo quiero con ternura, sobre todo, desde que os conozco. Decidme francamente. ¿Estais contenta de nosotros?

CLARA. ¿Y me lo preguntais?

MARQ. Ea: me retiro, pues se va haciendo tarde: pronto volveré. (*La besa afectuosamente, y en el mismo instante aparece Jacinto.*)

ESCENA II.

DICHAS, JACINTO.

AC. (*Ap.*) ¡Magnífico! La c osa marcha.

MARQ. ¿Ah, sois vos, señor Fresard? Mucho me alegro de veros. ¿Estan dispuestos los escritos, actas, escrituras?..

JAC. Si, señora.

MARQ. Bien. Hasta luego... no tardaré.

ESCENA III.

JACINTO, CLARA.

JAC. (*Viéndola alejarse.*) La buena Marquesa no sale de esta casa.

CLARA. Es la cuarta vez que ha venido en cuatro dias, y aun dice «que no tardará.»

JAC. ¿La has devuelto las visitas?

CLARA. Pensé hacerlo, pero se opuso diciéndome que no quiere que me incomode.

JAC. Lo que no quiere es que te vean en su casa. ¿Eres tan cándida que creas en esas amistades?

CLARA. ¿Qué interés tendria en adularme, á mí que nada puedo hacer por ella?

JAC. Si tal: puedes impedirle á tu hijo que entre en la combinacion de sus planes.

CLARA. Me guardaré bien de hacerlo.

JAC. ¿Luego estás conforme y contenta?

CLARA. Mas que contenta; soy feliz. No he tenido toda mi vida mas que un ensueño, una ambicion: que Eduardo llevára el apellido de su padre; ya va á llevarlo... ya puedo morir mañana, pues moriré dichosa.

JAC. ¡Y le harias á tu hijo un flaco servicio!

CLARA. ¿Por qué?

JAC. Clara; á la edad de la Marquesa, no se cambian en veinticuatro horas las teorias, costumbres y preocupaciones de toda la vida, sin un interés positivo. Mas fácil le es adular que volverse sensible. Quien no tiene corazon cuando jóven, menos le tiene de viejo. El corazon no es fruto de invierno, y no nace entre la nieve. —¿Y madame Dovigny ha venido á verte?

CLARA. No, porque está en casa de su madre... ó al lado de su padre, que se halla enfermo... no recuerdo bien lo que me han dicho. ¿Tal vez será un pretesto, eh?

JAC. Es mas que probable; pero lo prefiero á la hipocresia. Se conoce que no quiere venir á echarse en tus brazos, como ha hecho la Marquesa, y aguarda que las circunstancias os reunan. Tiene razon. Pero el padre... la

Marquesa... ¡Ah! si yo estuviera en lugar de Eduardo...

CLARA. No le des, por Dios, malos consejos.

JAC. Seria la primera vez: pero no puedo menos de juzgar los hechos. Dovigny, que se ha negado siempre á reconocer á su hijo, lo desea hoy, al cabo de veinticinco años. ¿Por qué? Porque la posicion de ese hijo es brillante, y porque asi adquiere el título que lleva su tio. La Marquesa quiso echarte de su casa cuando ibas á reclamar contra el abandono en que quedaba el pobre niño, y hoy le reconoce por nieto... ¿Cuándo? Cuando su hermano consiente en dar á Dovigny su título y su fortuna. Ha venido á hacerte cuatro visitas en cuatro dias y ni una sola en veinticinco años, porque Eduardo recibe una mision del gobierno, porque hablan de él todos los periódicos, y porque con su influencia en la córte y el gobierno, obtendrá cuanto desee. La Marquesa querrá tal vez á su hijo; y Dovigny querrá, es posible, á la Marquesa... pero que la Marquesa te ame á tí, y Dovigny á su hijo, esa no cuela. Orgullo, cálculo, ambicion... de todo tiene eso trazas, menos de cariño paternal... Yo soy muy inteligente en esta materia; soy padre con mucha frecuencia, para que ignore estas cosas.

CLARA. Es interés de Eduardo que su familia toda le reciba en su seno.

JAC. No hay la menor duda.

CLARA. Entonces, cualquiera que sea el movil que les haga obrar, ganamos en el resultado.

JAC. ¿Pero tú crees, inocente, que esos señores van á recibirte tambien á tí, como si fueras de los suyos?

CLARA. La Marquesa me lo ha dicho hace cinco minutos.

JAC. Antes de un mes lo veremos.

ESCENA IV.

DICHOS, *y el* MARQUES.

MARQUES. (*Dá la mano á Clara.*) ¿Ha llegado?

CLARA. Todavia no.

MARQUES. Buenos dias, querido Fresard. Pues ya no puede tardar: el ministro le esperaba esta mañana á las diez.

CLARA. ¿Habeis hablado con el ministro?

MARQUES. Está entusiasmado con Eduardo.

CLARA. ¿Pues qué ha hecho?

MARQUES. ¡Huf!.. ¡Cosas portentosas!.. Segun dicen. Figuraos que... Pero no: quiero dejaros el placer de escucharlas de su propia boca.

JAC. ¿Y monsieur Dovigny... le habeis visto?

MARQUES. Ahora le veo muy poco. Corre de acá para allá, á casa del uno, á casa del otro; habla sin cesar de su hijo, y todos le oyen con la boca abierta, porque nadie sabia que tal hijo existiese. Por mas que le predico para que se calle, nada: sermon perdido.

CLARA. ¿Habeis variado de idea respecto á vuestra decision?

MARQUES. Nada de eso; y deseo que Eduardo acepte lo que consiento en hacer para conciliarlo todo; pero él es el único juez en esta cuestion: yo opino que nos honra entrando en nuestra familia, y entiendo que debe entrar en ella voluntariamente.

JAC. (*A Clara.*) ¿Qué te decia yo? (*Al Marqués.*) Enhorabuena, señor Marqués: asi hablan los hombres de corazon.

ESCENA V.

DICHOS, DOVIGNY. *Dovigny entra apresuradamente y muy contento. Jacinto va á sentarse, ocultándose junto á la chimenea en una butaca.*

DOV. Y bien, Clara... ¿dónde está?

CLARA. Pues qué, ¿ha llegado ya?

DOV. Si.

CLARA. ¿Le habeis visto?

DOV. No: yo creia que estuviese aqui. Un portero del ministerio me ha dicho que acababa de salir... Habrá ido á casa de la Marquesa á ver á Herminia.

CLARA. No: antes de ir á otra parte, vendrá aqui.

JAC. No faltaba mas, sino que dejase á su madre para la última.

MARQUES. El portero te habrá dicho cualquier cosa para que te marcharas; no conociéndote...

DOV. Os equivocais; me conoce, y sabe que soy el padre de Eduardo. Se lo dije el primer dia que le pedí una audiencia al ministro.

MARQUES. ¿Has hablado al ministro?

DOV. Claro es; para pedirle noticias de Eduardo y saber á

donde debia escribirle.

MARQUES. ¿Y el ministro sabe?..

DOV. Que Eduardo es mi hijo, que... en fin, todo. Asi es que me ha informado de la mision secreta que le confió; decir, cuando ya podia hacerse pública. Me ha enseñado hasta despachos de mi hijo.

CLARA. (*Sonriendo.*) De nuestro hijo.

DOV. ¡Qué estilo, qué fuerza de lógica!.. He visto cartas de nuestro embajador, del mismo Sultan... todos reconocen que Eduardo les ha salvado.

CLARA. ¿Pues qué ha hecho?

DOV. ¡Cómo! ¿No os lo ha escrito?

CLARA. Era un secreto de Estado.

DOV. Pues sabed que Eduardo ha salvado la Europa.

CLARA. ¡Mi hijo!

DOV. Nuestro hijo, querida amiga. Figuraos que Ibrahin Bajá, á la cabeza de sus fuerzas, iba á pasar la frontera... y pasada la frontera, conflagacion general, guerra europea. Si la Rusia se concertaba con Francia, ó si Francia tomaba cartas por Inglaterra... ¿y el Austria?.. ¿Pues dónde me dejais la Prusia?..

JAC. (Se embrolla con Prusia y se pierde en Austria. ¡Y esto pretende ser diputado!)

CLARA. ¿Y decis que Eduardo?..

DOV. En el momento en que las cinco grandes potencias de Europa parecian mas amenazantes, tuvo una idea y se la comunicó al ministro.

CLARA. ¿Y esa idea?

DOV. Dicen que era excelente.

CLARA. ¿Pero no la sabeis?

DOV. No. Es lo único que no me ha dicho el ministro. Lo cierto es, que asi que Eduardo habló con Mehemet-Ali... que á la cabeza de sus fuerzas...

JAC. ¿Pues no es Ibrahin el de la cabeza de las fuerzas?..

DOV. Mehemet es el padre, Ibrahin el hijo.

JAC. (*Burlandose.*) El padre ó el hijo... lo mismo es. Todo queda en la familia.

DOV. ¡Ah! ¿Sois vos, señor Fressard? No sabia quien me hablaba. Perdonad.

JAC. No hay de qué... puesto que respondeis acorde. Bien se que os hallais inspirado por el amor paternal. Vamos, continuad vuestra interesante narracion.

DOV. Es cosa larga, y para abreviar os diré, que tan luego como Mehemet habló con mi hijo... figuraos qué cosas no le diria Eduardo, que de resultas de esa conferencia las huestes depusieron las armas y firmaron la paz... La paz de Oriente, que es la paz del mundo... (*Declamando.*) la civilizacion, el bienestar del hogar doméstico...

JAC. (*Ap.*) Se ensaya ahora para cuando sea diputado.

CLARA. (*Al Marqués.*) ¿Creeis que todo eso sea cierto?

MARQUES. Yo ignoro si vuestro hijo ha hecho lo que Dovigny dice; pero sé que ha sido útil á su pais en esta mision. No extraño ningun servicio patriótico en un jóven de corazon, á quien la desgracia ha prestado ánimo. La otra noche hablaban de Eduardo y de su expedicion á Oriente en una reunion diplomática, y no recuerdo quien dijo: «Parece que es un hijo natural á quien su padre no ha querido reconocer.—Tanto peor para el padre;—repuso el embajador de Inglaterra allí presente;—el hijo de sus obras es de la mejor familia del mundo.»

JAC. Muy bien dicho. ¿Qué opinais vos, monsieur Dovigny?

DOV. Bajo el punto de vista político, tal cual; pero la sociedad tiene otras exigencias. La prueba es, que cuando el ministro le ha preguntado á Eduardo qué desea, le contestó, «un consulado.» ¿Y por qué le pide tan poca cosa, hoy que podria aspirar á una embajada? Por estar convencido de que su nacimiento le condena á la oscuridad. ¡Oh!... Pero afortunadamente yo estoy aqui para arreglarlo todo.

JAC. (*A sí mismo, mirando á Dovigny.*) Eso es miedo de que su hijo no le reconozca.

DOV. ¿Estais contenta de mi madre?

CLARA. Se muestra muy bondadosa conmigo.

DOV. Os adora. Es una mujer angelical... cuando se la trata á fondo. Enriqueta me ha rogado la escuse con vos...

CLARA. Está escusada. Jacinto me ha hecho comprender tambien que en los primeros momentos, nuestra mútua posicion seria embarazosa para ambas, y que mas vale esperar.

DOV! Siempre habeis sido una mujer sensata. ¿No os ha dicho alguna otra cosa mi madre?

CLARA. ¿Tenia algo mas que decirme?

DOV. No... nada...

JAC. (*Ap.*) Yo te obligaré á cantar claro.

DOV. (*A Jacinto.*) ¿Y vos no me guardais rencor, verdad? ¿Por qué no habeis traido á vuestra mujer? Hubiéramos celebrado conocerla. Ayer, sin ir mas lejos, me hablaba mi madre de ella.

JAC. Victoria es muy tímida, á pesar de su nombre guerrero. Sin embargo, os lo agradezco por ella y por mí.

DOV. Vos sois casi de la familia.—Pero el tiempo vuela. Eduardo va á llegar, y es preciso firmar al momento los actos; tenedlo todo dispuesto. Despues, como él necesitará descanso, partiremos juntos mi madre, Herminia, él y yo á la Turena, donde poseo unas tierras, que le daré al firmar el contrato. Allí se casará...

CLARA. ¿Y qué contais hacer conmigo?

DOV. ¿Vos?.. Vos vendreis con nosotros... naturalmente. Pues qué, ¿no lo habia dicho?

CLARA. (*Con intencion.*) No.

DOV. Entonces fué un olvido.

JAC. (*Ap. á Dovigny.*) Oidme aqui aparte. Hace mucho tiempo que pienso en una cosa, y lo que acabo de oir me mueve á hablaros de ella. Pero esto es entre nosotros.

DOV. ¡Oh! por supuesto.

JAC. ¿No os parece falsa la posicion de Clara en vuestra casa?

DOV. ¡A quién se lo decis!

JAC. ¿Y no pensais, como yo, que si despues de tan gran servicio hecho al pais, Eduardo se contenta con un modesto consulado?..

DOV. Es á causa de su madre. El pobre chico conoce los inconvenientes...

JAC. Veo que nos comprendemos.

DOV. Yo creia que mi madre le habria dicho algo á Clara... ó al menos una indicacion...

JAC. ¿Quereis que yo tantee el terreno?

DOV. ¿Y esperais obtener?..

JAC. ¿No ofreció ya otra vez vivir retirada, con tal que Eduardo se casase con vuestra sobrina?

DOV. Si, pero su hijo ha adquirido despues importancia. Ella está envanecida de ser su madre, y lo querrá decir á todo el mundo. La Marquesa queria que se hiciese pri-

mero el casamiento, y despues...

JAC. Las cosas que se han de hacer, hacerlas pronto. Por lo que pueda tronar, en los actos que se han de firmar he dejado en blanco el nombre de la madre. Es inútil decir que ha sido obrera, á causa de vuestra posicion. Eduardo es vuestro hijo: eso es lo esencial: vuestro apellido lo cubre todo... Eduardo Dovigny, hijo de Cárlos Dovigny... Si la madre fué jornalera ó señora de alto copete, eso á nadie le importa saberlo.

DOV. Cabal. Yo he encontrado un medio: que á los ojos del mundo pase por su tia... por hermana de mi madre... una hermana menor. Ese título de madre al lado de mi mujer es una diablura. Si consintiese en hacer un viaje de dos años siquiera.

JAC. De dos... ó tres.

DOV. Ó tres. Ó que fuera á instalarse á vuestra casa de campo, con Victoria vuestra esposa.

JAC. Allí estaria como el pez en el agua.

DOV. ¿Y cómo explicarle á Herminia?.. En fin, vos sois un hombre de corazon y de ingenio: zanjad esta dificultad.

JAC. Contad conmigo, y estad seguro de que Clara no aparecará en el contrato.

DOV. ¿Pero qué se le dirá á Eduardo, que la quiere tanto?..

JAC. Ella sabrá lo que ha de decirle.

DOV. La verdad es que Clara es una pobrecilla... lo que se llama una buena mujer.

JAC. Ahora id á avisar á vuestra madre para que no la diga nada. Vale mas que sea un antiguo amigo quien la dé el consejo.

DOV. Voy corriendo: contad con mi agradecimiento, y si alguna vez necesitais de mí...

JAC. Quien sabe... cuando seais diputado... Yo soy alcalde de mi distrito hace siete años y...

DOV. Entiendo. Una cintita encarnada en el ojal del frac, ¿eh?... (*Con cierta importancia.*) Veremos, veremos. (*Al Marqués.*) ¿Quereis acompañarme?

MARQUES. ¿Adónde?

DOV. Venid; tengo que hablaros. (*Bajo.*) Dejémoslos solos. Fresard debe decirla una cosa con reserva.

JAC. Yo tambien voy á bajar un momento. (*Ap. á Dovigny.*) (Si la hablase en seguida del asunto, conoceria que es-

tamos de acuerdo.) Tengo que recoger unos papeles...

DOV. Hasta luego, querida Clrara.

CLARA. Hasta luego.

DOV. Si Eduardo llegase en el entre tanto, decidle que nos espere. (*Va hácia el fondo dando el brazo al Marqués. Este saluda con la mano á Clara cariñosamente.*)

JAC. (*Ap. á Clara.*) Hay novedades.

CLARA. ¿Qué ocurre?

JAC. ¡Chist!.. Pronto vuelvo. (*Cuando todos han salido, entreabre Eduardo la puerta de la izquierda del foro.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, CLARA.

EDUAR. (*A media voz.*) ¡Madre!..

CLARA. (*Volviéndose.*) ¡Eduardo mio! (*En los brazos uno de otro.*)

EDUAR. Mas bajo. Que no nos oigan. He estado aqui aguardando que se fuesen. Los quiero bien, pero á tí te amo con toda mi alma.

CLARA. ¡Hijo mio! Estarás muy cansado.

EDUAR. Cuando se regresa al lado de una madre no se siente la fatiga.

CLARA. (*Tocando el ojal de la levita en el que trae cintas de diferentes condecoraciones.*) ¿Qué significa esto?

EDUAR. (*Sonriendo.*) Condecoraciones de diferentes paises.

CLARA. ¿Luego es cierto lo que nos decia tu padre?

EDUAR. ¡Mi padre! ¿Cuándo?

CLARA. Hace un instante.

EDUAR. ¿Mi padre estaba aqui? No he reconocido su voz. ¿Cómo es que se hallaba en tu casa?

CLARA. Han pasado muchas cosas durante tu ausencia. Ya lo sabrás todo. Tu padre nos decia que acababas de salvar la Europa.

EDUAR. ¿Y tú lo has creido?

CLARA. Todo lo bueno que me digan de tí, lo creeré siempre.

EDUAR. Yo no he salvado nada, madre mia: he cumplido con celo una mision, y esto es todo.

CLARA. Pero los periódicos hablan de tí.

EDUAR. Los periódicos por hablar, hablan de todo el mundo.

CLARA. Ahí encontrarás cartas y tarjetas de infinidad de perso-

najes que venian á preguntar por tí. Hasta el ministro me ha escrito con una amabilidad... Vamos, sé modesto con todos, pero á mí cuéntame la verdad.

EDUAR. Pues bien; yo creo haber mostrado alguna inteligencia; pero no hay que exagerar las cosas. Esa es la política en todas las naciones: se sube á las nubes á los hombres nuevos, para lanzarlos luego en el abismo del olvido, á pretexto de que estan gastados. ¡Necio del que se envanece! Por eso yo, cuando el ministro me ha dado á elegir, le he pedido un simple consulado, en el que podremos vivir tranquilos y felices.

CLARA. Tienes razon: ¿pero me llevarás contigo?

EDUAR. ¿Podria yo separarme de tí?

CLARA. ¡Ah! Soy dichosa y estoy envanecida de ser tu madre. ¿Pensabas mucho en mí?

EDUAR. ¿No te he escrito todos los correos?

CLARA. Si, y te lo agradezco, porque tú lo eres todo para mí en el mundo. No tengo padre, madre ni esposo. Tú eres mi pasado, mi presente y mi porvenir. Si tú murieras, yo no podria sobrevivirte.

EDUAR. ¿Por qué esas tristes ideas en el momento mas feliz de nuestra vida?

CLARA. En los momentos mas dichosos es cuando se nos ocurren los mas tristes pensamientos, como para advertirnos que la dicha es pasajera... Y luego...

EDUAR. Y bien; luego ¿qué?

CLARA. Tu padre consiente en reconocerte. Con ese objeto vino aqui el mismo dia de tu marcha...

EDUAR. ¿Qué decis?

CLARA. La verdad. No te lo he escrito, porque él me dijo que queria reservarte esa sorpresa.

EDUAR. ¿Y su madre?

CLARA. Su madre consiente. Madama Dovigny tambien: todos estan de acuerdo. El Marqués adopta á su sobrino, y le concede su título, para que la Marquesa autorice el reconocimiento.

EDUAR. ¡Qué complicaciones, Dios mio!

CLARA. ¿Y qué importa, con tal de que seas dichoso y puedas casarte con Herminia?

EDUAR. ¿Y tú?

CLARA. Yo... me sacrificaré á tu felicidad, si es preciso.

EDUAR. ¡Sacrificarte! ¡Oh! ellos han exigido algo de tí... te han

hecho sufrir!

CLARA. Nada me han pedido; yo soy la que pienso que en tu brillante posicion, para tí y para tu esposa, el nombre de tu padre y el título de su familia son preferibles á mi modesto nombre... Pienso en el dolor de sapararme de tí, y esta idea me hace muy desgraciada...

EDUAR. (*Se enjuga una lágrima.*) ¿Llorais, madre mia?

CLARA. Si, y tú tambien; pero estas lágrimas son el desahogo del alma! (*Se abrazan con efusion.*)

ESCENA VII.

DICHOS, JACINTO.

JAC. (*Entrando.*) ¿Qué es esto? ¿Ya se llora aqui, á las once de la mañana?

EDUAR. (*Sonriendo.*) Para no perder la costumbre.

JAC. Era cosa de avisármelo. Hubiera venido antes y hubieramos llorado los tres. Pero otra vez será. ¿Tú estabas ahí y nos has dejado marchar para quedarte solo con tu madre? Has hecho perfectamente. Cuando salimos, el criado me hizo una seña, que comprendí muy bien; pero para disimular he acompañado un rato al Marqués, y me he valido de un pretexto para separarme de él. Es un excelente sujeto; pero yo no pensaba mas que en abrazarte... y héme aqui al fin. (*Se abrazan.*)

EDUAR. Decidme: ¿qué reconocimiento es ese de que me habla mi madre?

JAC. Toma, que desde hoy te vas á llamar monsieur Dovigny, mejor todavia, el conde Dovigny, á consecuencia de una combinacion formada por tu abuela. Todo está previsto. Tu casamiento, tu nombre... y hasta lo que debes pedirle al gobierno. No tienes que pensar en nada. Irás á vivir con Dovigny y con su mujer. ¡Qué suprema ventura! Tu nuevo papá es quien lo ha arreglado asi. Un poco tarde, es verdad, pero... mas vale tarde que nunca. En cuanto á tu madre, que te ama, que te ha educado y cuidado durante veinticinco años, ya comprendes que no pudiendo servirnos ahora de nada, la enviaremos á una provincia... ó al extranjero... con tal que sea muy lejos, donde no la veamos... y no nos estorbe.

EDUAR. ¡Soberbio plan! Mucho habreis reido al saberlo.
JAC. No, porque te aguardaba para reir contigo.

ESCENA VIII.

DICHOS, DOVIGNY.

DOV. No me han engañado. ¡Eduardo! (*Vá á abrazarle, pero Eduardo lo recibe friamente, aunque con suma urbanidad.*)
EDUAR. Monsieur Dovigny... Celebro mucho tener el gusto...
DOV. ¡Cómo monsieur Dovigny!... Todo el mundo sabe ya la verdad... Ven á mis brazos...
EDUAR. Despues... mas tarde. Permitidme primero que os pregunte por la señora Marquesa.
DOV. Ahí viene con mi sobrina y el Marqués que las acompaña. Yo me he adelantado, porque era tal mi impaciencia...
EDUAR. Entonces, puesto que sois el primero á quien veo de su familia, aprovecharé la ausencia de Herminia para renovar oficialmente la peticion que os hice en otro tiempo. Yo me llamo Eduardo Derval; no tengo mas que madre: quinientos mil francos constituyen mi fortuna: soy caballero de la Legion de Honor, de otras varias cruces extranjeras, y cónsul; en fin, amo á vuestra sobrina, soy amado de ella, y tengo el honor de pediros su mano.
DOV. Te la concedemos gustosos, querido Eduardo: si todo está previsto. Pero te equivocas en tu nombre: no te llamas Eduardo Derval, sino Eduardo Dovigny.
EDUAR. (*Siempre con frialdad.*) ¿Desde cuando?
DOV. Desde que he consentido en reconocerte, juzgándote digno de mí.
EDUAR. Os agradezco tanta bondad. Pero lo habeis pensado un poco tarde.
DOV. (*Sorprendido.*) ¿Por qué?
EDUAR. Porque como yo no tenia nombre, he necesitado hacerme uno, y ahora para nada necesito dos.
DOV. Es que yo he dicho por todas partes que sois mi hijo.
EDUAR. Siento deciros... que habeis hecho mal; porque yo no he dicho á nadie que erais mi padre.
DOV. Pero vuestro matrimonio no puede efectuarse sin este

requisito.

EDUAR. Entonces... nada puedo decidir hasta haberlo consultado.

DOV. ¿Con quién?

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, *el* MARQUES, *la* MARQUESA, *y* HERMINIA.

EDUAR. (*Viéndolos entrar.*) Con esta señorita. Como ella ha de llevar el mismo nombre que yo .. ella es quien debe elegirle.

DOV. ¡Eh! (*El Marqués estrecha la mano á Eduardo. Herminia le dirige algunas palabras.*)

MARQ. (*A Clara, indicándole Herminia.*) Ya veis que os he cumplido mi palabra. (*Le aprieta la mano.*)

CLARA. Señora... (*Inclinándose ligeramente.*)

MARQ. Ahora es preciso que yo abrace á mi nieto (*Va á hablarle, y Eduardo lo evita con intencion, dirigiéndose á Herminia.*)

EDUAR. Habeis llegado á muy buen tiempo, Herminia. Acabo de pedir nuevamente vuestra mano á monsieur Dovigny, el cual me la concede... Pero falta ademas otro consentimiento.

MARQ. Acordado.

HERM. ¿Cuál?

EDUAR. El vuestro.

HERM. El mio, lo teneis hace tiempo.

MARQ. Muy bien contestado.

EDUAR. (*A Herminia, y sin escuchar á la Marquesa.*) Es verdad: pero desde entonces acá han ocurrido acontecimientos inesperados. Cuando os conocí, me figuré que yo nada tenia que hacer en este mundo sino amaros...

HERM. Pues qué ¿ya no me amais?

EDUAR. Mas que nunca: pero en estos diez y ocho meses, he envejecido de diez años. Ya no soy jóven á pesar de mi edad; ya no pertenezco solo á mis sentimientos, sino tambien á mi pais. El servicio de este, exige que acepte un consulado y que viva lejos de Francia, lejos de vuestra patria y de las afecciones de vuestros primeros años.

HERM. ¿No he vivido diez y ocho meses entre las cuatro pare-

des de un convento, aguardando resignada el dia de mi felicidad? ¿Creeis que en esas largas horas, no he adivinado que habia una pena que consolar en vuestro corazon, un misterio que respetar en vuestra vida, que era preciso á fuerza de amor haceros olvidar una desgracia pasada, y que para ello debia yo ser á la vez vuestra esposa, vuestra hermana y vuestra amiga? Todo lo he pensado muy bien, Eduardo, y creed que os comprendo... y que soy digna de vos.

EDUAR. ¿Vuestro corazon presentia una desgracia, y un misterio en mi vida, habeis dicho? No se engañaba vuestro corazon, Herminia. El hombre á quien amais, sabedlo, es un hijo natural. La que me dió el ser, fué siempre digna de la consideracion y el cariño del hombre que debió llamarse mi padre, paro que sin embargo no quiso nunca reconocer á su hijo.

DOV.
CLARA. } ¡Eduardo!

EDUAR. (*Tendiéndole una mano á su madre, y continuando.*) Por eso la Marquesa se opuso á nuestro matrimonio. ¿Consentis, ahora que lo sabeis todo, en que mi madre os llame su hija?

CLARA. Sí, y yo me envaneceré de llamarla mi madre.

MARQ. Pero señor, ¿qué significa?...

MARQUES. (*A la Marquesa.*) Un poco de calma, y escuchemos hasta el fin, hermana.

EDUAR. Pues ahora, Herminia, necesito que me deis un consejo.

HERM. Hablad.

EDUAR. Mi padre vive todavia. Me ha tenido olvidado durante veintidos años y hoy me ofrece su nombre. ¿Debo aceptarlo, y con él un título que le acompaña, ó debo conservar el modesto nombre de mi madre?

HERM. Cualquiera que haya sido la conducta anterior de vuestro padre con respecto á vos, debeis perdonarle. Esa es la obligacion, el sentimiento natural de los hijos; pero conservad el nombre que habeis cubierto de gloria. Él es la absolucion de vuestra madre, y la recompensa de lo que ha hecho por vos.

EDUAR. ¡Ah!... vuestro corazon comprende el mio. Abrazad á nuestra madre, Herminia. (*Pasándola al lado de Clara.*

CLARA. (*Abrazándola.*) ¡Hija mia!

MARQ. ¿Pero qué quiere decir todo esto? (*Al Marqués.*) ¡Despues de lo que habiamos convenido...

MARQUES. Un poco de calma. Escuchemos hasta el fin: la cosa no va tan mal.

EDUAR. (*A Dovigny.*) Sentiré que mi resolucion destruya los proyectos que segun parece se basaban en mi reconocimiento. Perdonadme... y olvidad lo pasado. Mi enlace con Herminia me hace entrar en vuestra familia; disponed de mi crédito. Mis ruegos conseguirán ademas que el Marqués os conceda...

DOV. No. Ya que no puedo obtener el título de padre, no quiero el de conde. Empiezo á comprender que soy indigno de ambos; pero espero que no me negareis el de vuestro mejor amigo. (*Le tiende la mano y Eduardo se apresura á estrechársela.*)

JAC. (*A Clara.*) Ahora ya puedo volver tranquilo al lado de Victoria.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. Madrid 10 *de Abril de* 1858.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Este drama ha sido traducido expresamente para ser representado en el teatro del Circo de esta córte, en el cual estaba repartido, cuando la empresa del teatro de Novedades anunció la representacion de otra traduccion del mismo drama. A consecuencia de esto se suspendieron á peticion mia los estudios de la presente traduccion en el teatro del Circo. Pero como en virtud del contrato que tengo celebrado con Mr. Alejandro Dumas, hijo, este señor me concede el derecho EXCLUSIVO de traducir y arreglar para nuestra escena todas sus obras dramáticas, acudí á un juez de primera instancia para que se prohibiese á la empresa de Novedades la representacion de la otra traduccion, pidiendo al mismo tiempo la indemnizacion de cuantos daños y perjuicios se me siguieren. El señor juez de primera instancia admitió el interdicto; pero habiendo fallado, á pesar de reconocer mi derecho, que no habia lugar á la prohibicion, he apelado de la providencia ante la Exma. Audiencia territorial, de cuyo fallo está pendiente. Si la sentencia de esta me fuese favorable, como de justicia lo espero, todas las empresas que ejecutaren la traduccion representada en el teatro de Novedades, tendrán que subsanarme los perjuicios que por ello se me causen; lo que cumple á mi lealtad prevenirles para que les sirva de gobierno.

Madrid 14 de Abril de 1858.

JOSÉ DE OLONA.

OBRAS TERMINADAS

Á LAS QUE SE ADMITE SUSCRIPCIÓN POR ENTREGAS

	Pesetas.
Castellanos.—*Odio de raza*.....	14,50
Ortega y Frías.—*El anillo de Satanás*.....	14
Castellanos.—*El Favorito de la Reina*.....	19,50
Mora.—*Los Templarios*.....	16,25
Ortega y Frías.—*Las Islas Maravillosas*.....	18,50
Tárrago.—*El Secreto de una Tumba*.....	18,50
Castellanos.—*La Venganza de un Proscrito*.....	19,50
Mora.—*Florinda ó la Cava*.....	16,50
Castellanos.—*La Hija del Ver-*	

	Pesetas.
Conde de Salazar.—*Palillos y Orejitas*.....	18,50
— *La Maldición del Muerto*.	16
— *Las Heroínas Españolas*.	20
— *Hambre y Deshonra*.....	20
— *Los Mártires Españoles*..	24,50
— *Páginas de Gloria*.....	16
— *La Hermanita de los Pobres*.....	16
Tárrago.—*El Monje de la Montaña*.....	17,50
— *El Nido de los Duendes*..	19
— *El Reloj de la Muerte*....	18,50
Bravo y Tudela.—*María Mag-*	